

Desplegar las velas: un Podemos para gobernar

Borrador del Documento Político
de Recuperar la Ilusión



Contenido

0. Balance de Vistalegre I: la apuesta por la hipótesis Podemos	5
1. El Podemos que necesita España: nuestras tareas	19
1.1. Fuerza de gobierno.....	22
1.2. Construir pueblo	24
2. “Hacer patria: ser útiles hoy para gobernar mañana”	27
Introducción: Vistalegre II como una oportunidad para hablarle al país.....	27
2.1. Modernizar y diversificar la economía para garantizar derechos	29
2.2. Un nuevo modelo de país con tres ejes: Plurinacionalidad, municipalismo y mundo rural.....	33
3.3. Feminismo popular para ganar un país.....	39
3.4. Más allá de las urnas: transparencia y participación para sanear la democracia	40
3.5. Europa y la política exterior: Podemos como determinante de una geopolítica de la emancipación	41



Balance de Vistalegre I: la apuesta por la hipótesis Podemos

El 15 de mayo de 2011 se abrió un proceso de cambio en España que difusamente vislumbraba una mayoría social nueva, en contra de las elites tradicionales que habían utilizado la crisis económica como excusa para desplegar una ofensiva oligárquica de recortes de derechos. A las tres crisis —socio-económica, política y territorial— respondía un ciclo de movilizaciones que fue capaz de dicotomizar la sociedad entre la gente corriente y una casta privilegiada, entre el país real y el país oficial. En medio de esta crisis del régimen del 78 se abría una ventana de oportunidad para seguir abriendo brecha en el plano institucional, aceptando un terreno de juego adverso y un ciclo electoral acelerado, pero con la posibilidad de avanzar posiciones rápidamente en el Estado para los y las de abajo. Esa fue la hipótesis popular, patriótica y democrática que nos llevó irrumpir con fuerza en las elecciones europeas de 2014.

Las tesis políticas de nuestra Primera Asamblea Ciudadana, en otoño de 2014, fueron el resultado de un proceso lento de maduración intelectual de dicha hipótesis política que, a partir del análisis del momento histórico que se vivía en España, trató de trazar un plan para la conquista de poder político en favor de las mayorías sociales, que fuese un paso adelante en el proceso de cambio iniciado el 15 de mayo de 2011. **Las elecciones europeas de mayo de 2014 habían despertado un maravilloso caudal espontáneo de expectativas y simpatía que había que canalizar y organizar.** Y en ese proceso para Vistalegre I realizamos una nítida apuesta pública, haciendo caso omiso a los viejos manuales de la izquierda tradicional: nos poníamos el objetivo de ganar las elecciones generales cuando se convocasen para el siguiente año. Como dijo Buenaventura Durruti: “Renunciamos a todo menos a la victoria”.

Con esa finalidad **construimos una “máquina de guerra electoral” para librar, en un calendario no elegido y con marcadas desventajas, una competición electoral contra los parti-**

dos tradicionales. Desatamos el principal desafío democrático al que los privilegiados se han enfrentado en España desde 1978. Creemos que aquella fue una decisión complicada, pero acertada. Sin ella hoy no habríamos pateado así el tablero, ni representaríamos a cinco millones de personas con menos de tres años de historia a nuestras espaldas. Pero conviene recordar que, en nuestro análisis, **una situación excepcional requería instrumentos, poderes y orientaciones excepcionales.** Por ello, construimos una organización fuertemente centralizada y con una enorme concentración en la figura del SG y, de forma derivada, en su gabinete. En recurrente metáfora: un veloz y potente vehículo blindado para la *Blitzkrieg*, una audaz guerra de movimientos que nos permitiera sorprender al adversario en cada uno de nuestros pasos. Pero este modo de toma de decisiones excesivamente centralizado y guiado por el clima permanente de competición mediática y electoral llevaba aparejado una cultura política del todo o nada, basada en el plebiscito que aún nos persigue. Quienes encarnaron estas decisiones y las llevaron hasta sus últimas consecuencias se han hecho responsables de ellas en dos años extenuantes y muy difíciles. Quienes criticaron algunas de las consecuencias vinculadas a este momento fundacional acertaron al anunciar potenciales riesgos que había en el origen.

Más allá de la constitución de Podemos como máquina de guerra electoral en Vistalegre y los límites impuestos por ello, **hubo algunos elementos concretos de aquel proceso que podían haberse hecho de otro modo** y es importante hacer autocrítica. En primer lugar, la capacidad de integración de determinados sectores críticos fue claramente insuficiente y ello, unido a culturas políticas ajenas al 15-M, así como al dejar de lado el principio de separación de poderes y de los mecanismos para garantizar la proporcionalidad en los órganos, ha tenido efectos negativos en la cultura de la organización hasta hoy. En segundo lugar no se hicieron todos los esfuerzos posibles para contrarrestar las desigualdades de género que se dan en un partido político - más aún si es un partido político construido rápidamente -, esfuerzos por revertir las dinámicas masculinas que pasaban por asumir esa tarea desde todos los órganos y apoyar con recursos y decisiones vinculantes el trabajo feminista del partido y eso ha tenido como consecuencia un Podemos altamente masculinizado que ahora tenemos que cambiar. En tercer lugar, la limitación temporal de la máquina de guerra electoral se tenía que haber cifrado antes, probablemente, en “el momento para el que nacimos”, es decir, las elecciones generales que finalmente se celebraron el 20-D.

Cabe recordar en este punto otra importante decisión que fue muy duramente criticada y posteriormente resultó un éxito: **la no concurrencia de Podemos como tal a las elecciones municipales y la apuesta firme por las candidaturas de unidad popular.** Estas fueron dispositivos políticos de características muy desiguales pero anclados en la mayoría de los casos en la realidad local que fueron capaces de disputar políticamente con las viejas maquinarias y en casos tan importantes como Madrid, Barcelona, Valencia, Coruña, Zaragoza o Cádiz entre otros inaugurar los “Ayuntamientos del Cambio”.

En este momento **creemos que Podemos debe adaptarse a la nueva situación porque han cambiado los qué, las tareas.** La labor de una fuerza revolucionaria no es hacer siempre lo mismo, sino saber cambiar conforme cambia el equilibrio de fuerzas y el terreno. Por decirlo

en forma resumida: si ayer se trataba de crear una máquina de guerra electoral concentrada para el asalto inmediato, hoy se trata de generar una organización democrática y popular, distribuida, territorializada, feminizada y compleja. **A esto le hemos llamado pasar de la máquina de guerra electoral al movimiento popular.**

Después de la remontada del 20-D, el empate catastrófico y la tormenta

Sin embargo, sin un buen diagnóstico no podemos abordar con altura de miras el ciclo en el que estamos inmersos y en el que nos proponemos esas tareas. Por eso, desde nuestro punto de vista, es fundamental tener en cuenta que **el 20 de diciembre de 2015 se produjo un parteaguas en la historia de Podemos.** El sabor agridulce de esa fecha radicó en, por una parte, haber sido capaces de conseguir, con todo en contra y viniendo de un periodo dificultoso desde las elecciones autonómicas y catalanas, **una remontada que sumó más de 5 millones de votos y nos colocó de una tacada como la tercera fuerza política del país** después de dos años de vida; por otra parte, al mismo tiempo, se había frustrado un objetivo fundamental: conseguir una posición tal que forzara al PSOE a tener que elegir claramente de cara a la opinión pública entre los dos proyectos de país que se pusieron encima de la mesa en esa campaña electoral histórica.

Esa fecha fue un punto de bifurcación para nuestra joven formación ya que, por primera vez de forma más clara, se plantearon diferencias estratégicas en el interior del partido. Este periodo post 20D, que comenzó con un golpe de efecto que reflejaba nuestra fuerza para seguir tomando la iniciativa en nuestro país con una propuesta de gobierno, fue acompañado de una serie de errores que luego se verían reflejados en los resultados de la repetición electoral del 26J. Desde nuestra perspectiva, la clave es que en la transición del 20-D al 26-J se observa la importancia que le otorga la ciudadanía de nuestro país a *un cierto orden* y, por lo tanto, más allá de la pulsión destituyente, la necesidad de plantear un horizonte alternativo de certezas y seguridades para ser una fuerza realmente transformadora.

La gestión de las negociaciones de gobierno improductivamente y la percepción de inmadurez y soberbia por una parte importante de nuestro potencial electorado explican los resultados del 26J, en los que la confluencia con IU no pareció funcionar. Quienes nos faltaron ese día no se perdieron en las dos semanas previas a las elecciones, sino en los meses anteriores. De alguna manera vinieron a profundizar las grietas en todos esos grupos sociales en los que Podemos tiene menor penetración social: las mujeres, los mayores de 45 años, trabajadores y trabajadoras, y el mundo rural.

Una nueva coyuntura, marcada por la resaca postelectoral del 26-J y el intento de restauración por parte de las élites. Y nosotros ¿qué hacemos?

Después del 26J y hasta la formación de un nuevo gobierno en España se produjeron varios hitos importantes. Pero el más importante de todos ellos, **la clave de bóveda de la situación política actual en nuestro país**, fue la quiebra del PSOE. Dicha quiebra, representada en el Comité Federal del 1 de octubre de 2016 con el golpe palaciego a Pedro Sánchez que

terminó abruptamente con su mandato, no fue solamente fruto de lo ocurrido durante las semanas posteriores al 26J, aunque en ese periodo sí se precipitó. No hay que olvidar que el comienzo de la crisis del PSOE, que no es ajena a la situación general que vive la socialdemocracia en toda Europa, hunde sus raíces en la gestión de la crisis económica durante la segunda legislatura de Rodríguez Zapatero, la asunción de las políticas de austeridad y la ruptura de los horizontes de sentido que aglutinaban a una parte importante de su electorado desde el 15M.

Pero sí es cierto que **la expresión más exacerbada de esa crisis, la muestra de que estaban saltando las costuras del partido que había incorporado los sectores populares al Régimen del 78, se produjo ese primero de octubre**. La interpretación sobre las causas de esa quiebra del PSOE también han sido motivo de discusión en Podemos y las conclusiones de dicha interpretación se encuentran en la base de diferencias estratégicas y de las propuestas que diferentes sectores del partido entienden como las más efectivas para tratar con ese partido.

Desde nuestro punto de vista, las costuras del PSOE saltaron en el momento en el que Podemos más le obligó a retratarse en sus posiciones, existiendo una posibilidad alternativa a la que había marcado rigurosamente el Comité Federal. **Abordar la relación con el PSOE de manera inteligente y laica ha sido siempre mucho más productivo para Podemos que la negación obsesiva y choque frontal**. Esta posición se ha caracterizado por confrontar con el PSOE en los momentos y por las cuestiones menos oportunas, y ha dado alas a los sectores más inmovilistas para atrincherar a su gente frente al cambio político. No es una cuestión ideológica, es una cuestión de habilidad política. La relación de Podemos con el PSOE debe ser hábil, pues no puede desconocer su importancia histórica pero tampoco tomar decisiones en base a su existencia. No puede obviarlo pero tampoco subalternizarse de forma sistemática por definirse en relación a él. La obsesión con el Partido Socialista tiene más que ver con las deudas pendientes de una parte de la izquierda de nuestro país que con las pretensiones y aspiraciones que Podemos debe tener en esta nueva etapa. A Podemos no le toca elegir entre dilemas del pasado, no tiene que decidir entre ser el PCE o ser el PSOE: Podemos nació con una hipótesis que pateaba esos dilemas, a pesar de que desde el 20D las decisiones le hayan hecho escorarse en mayor medida hacia una de esas dos opciones. Si algo nos enseñó el 15-M, es la importancia de librar la batalla contra los privilegiados en un terreno nuevo.

La quiebra del PSOE era la pieza que faltaba en la formación de una Gran Coalición en nuestro país. La unificación simbólica del bipartidismo desde el 15M y su identificación como problema y no como parte de la solución, así como la existencia de Podemos desde comienzos de 2014, impedían que se produjeran dos elementos: que un pacto PP y PSOE fuera percibido con naturalidad por al menos la mitad del electorado socialista, y que el PSOE, como consecuencia, se viera en un dilema irresoluble que consistía en última instancia en tener que mirar, o bien a Podemos, o bien al Partido Popular.

La resolución de ese dilema solo se podía producir de manera traumática. El Comité Federal del 1 de octubre apuntaló una de las vías de salida que, no sin hipotecas, podían darse a la crisis. Durante mucho tiempo los intereses de supervivencia del Régimen y los del PSOE se

solaparon. Es la gestión de la crisis económica lo que bifurca ambos caminos y crea, a su vez, una oportunidad de cambio político inédita. Sin embargo, **en el momento actual Podemos está perdiendo un tiempo precioso al no aprovechar la crisis existencial del PSOE para formar una nueva mayoría en nuestro país. Si continuamos por la misma senda resistencialista que iniciamos tras el 20D, la restauración estará mucho más cerca.** Si dejamos que el PSOE se recomponga regalándole toda iniciativa que Rajoy le permita presentar a la opinión pública como mejora de las condiciones de vida habremos fracasado.

Podemos tiene la oportunidad de retomar la iniciativa precisamente porque el PSOE ya no puede hallar la cuadratura del círculo: hacer coincidir los intereses de partido con los intereses del Régimen, y Rajoy lo sabe y ha actuado en consecuencia. El PSOE ha elegido los segundos y, a cambio, ha destruido la estabilidad del sistema de partidos del Régimen del 78 en pos de la estabilidad del Régimen como tal. Además, Ciudadanos se caracteriza cada vez más por su irrelevancia y pérdida de potencia política y ni éstos, ni el PP cuentan con una agenda nueva capaz de afrontar los profundos problemas de la sociedad española. Por eso cabe interpretar que nos encontramos ante un Gobierno débil. **Nuestra lectura del momento se sustenta sobre la tesis de que existe un Gobierno actualmente en el Estado español precisamente porque se ha roto el bipartidismo. El Gobierno de Rajoy es más débil de lo que aparenta y la crisis de Régimen no se ha cerrado,** siendo la prueba de ello que la gobernabilidad y la estabilidad del sistema de partidos resultan términos contradictorios por primera vez. Esto justifica una apuesta fundamental: **Podemos necesita ser una fuerza política más abierta, no resistencialista, sino aprovechar las nuevas oportunidades del nuevo ciclo para cumplir con las tareas de convertirse en fuerza de gobierno y construir pueblo. Ahora se trata de generar una organización democrática y popular distribuida, territorializada, feminizada, compleja y capacitada para gobernar nuestro país y conducir un proceso de cambio histórico.** A esto le hemos llamado **pasar de la máquina de guerra electoral al movimiento popular.**

Hoy, por vez primera en nuestra acelerada historia, tenemos la experiencia, el tiempo y las condiciones como para plantearnos las tareas quizás no tan urgentes, pero sí imprescindibles para articular una fuerza política patriótica, democrática, más madura y útil para nuestro pueblo.

En esta nueva fase toca estar a la ofensiva para ganar al PP de Mariano Rajoy

Tras la investidura de Mariano Rajoy y la llegada del PP a la Moncloa se abre una etapa política diferente. Las élites no son más fuertes que antes. El maltrecho régimen de 1978 por primera vez en su historia ha tenido que elegir entre bipartidismo o gobernabilidad. Ha elegido la segunda, pero el coste es haber provocado una crisis histórica en el PSOE. Rajoy no es presidente por la fuerza de sus votos, ni por haber ofrecido un acuerdo integrador de un amplio bloque parlamentario. Lo es por haber quebrado al PSOE. Si en el 15M las plazas acubaban a PP y PSOE de alternarse para hacer políticas similares y de espaldas a la gente en las grandes cuestiones, hoy estas políticas solo salen adelante por la colaboración de ambos.

La Gran Coalición salida de la investidura de Rajoy tiene como principal objetivo político derrotar moralmente a los sectores de nuestro país más dinámicos y comprometidos con el cambio. Las élites hoy necesitan escarmentar y devolver a la resignación a los millones de ciudadanos que se han movilizado y comprometido con la posibilidad de la transformación política. Pero no es solo un gobierno conservador, de contención. El proyecto de la Gran Coalición es también el de ampliar, renovar y así apuntalar el sistema político de 1978, generando un nuevo ámbito de fuerzas “constitucionalistas” entre las que cabría el acuerdo, y dejando fuera a los fantasmas del “populismo” –esa palabra que hemos puesto de moda en España- y del nacionalismo. Para ello es fundamental que el PP le conceda al PSOE los tiempos y los trofeos simbólicos necesarios como para favorecer su recuperación y darle la oportunidad de jugar a la vez los papeles de fuerza sostén del gobierno conservador y de primera fuerza de la oposición.

El problema para las élites tradicionales es que no cuentan ni con el proyecto de país, ni con la fuerza cultural y política como para restaurar el orden de 1978. En definitiva, es imposible, al menos por el momento, rebobinar la historia de España. En términos de agenda, el Gobierno del PP no tiene, pero tampoco sus socios o rehenes, recetas nuevas para las tres grandes brechas que hoy atraviesan el sistema político: no tiene nada que ofrecer en materia de nuevo modelo territorial, porque no reconocen la plurinacionalidad y el derecho a decidir como bases para proponer un proyecto democrático compartido; no tienen nada que ofrecer en materia social y económica, porque sin cuestionar un modelo productivo de base estrecha, escaso valor añadido y alta parasitación oligárquica no hay margen para promover desarrollo sostenible, democratización de la economía y un modelo de vida más allá de la precariedad y la desigualdad; no tienen, en fin, nada que ofrecer en materia de regeneración democrática y soberanía popular, porque gobiernan quienes están asediados y atravesados por las tramas mafiosas que han regalado nuestras instituciones a minorías privilegiadas, ineficaces y corruptas.

El proyecto de la restauración conservadora tiene en contra, además, a la gran mayoría de las generaciones nacidas en democracia, a las naciones sin Estado, a los principales centros urbanos y a los sectores cultural e intelectualmente más dinámicos. Estas fuerzas, que en el Parlamento representan un tercio de los escaños, no tienen aún fuerza para conducir un nuevo acuerdo constituyente, pero sí lo tienen para hacer inviable una segunda transición sin ellas. Además, el escaso prestigio de las élites, el estrecho margen que deja la Unión Europea y el compromiso de los principales partidos con las necesidades de la oligarquía, auguran poco espacio para esta maniobra transformista: barnizar el edificio viejo para no afrontar su reconstrucción.

No obstante, ha de reconocerse que en la nueva etapa se ha producido un considerable extrañamiento con respecto a la situación política, o incluso una resaca de la ilusión por la política, que afecta en particular a los que eran propicios a simpatizar con el cambio. El fin del calendario electoral, la solución a la cuestión gubernamental –aunque no solución de la crisis de régimen- y el efecto combinado del disciplinamiento por años de recortes y la bajada de las expectativas individuales y colectivas, hacen que estemos entrando en un pe-

ríodo paradójico de estabilización sin solución. Con la movilización social bajo mínimos, con parte del peso de lo institucional recuperado en la vida política, con un relativo cansancio y hastío generalizados hacia la política y la percepción de que “ganaron los mismos”, se ha terminado el momento, en el que las posiciones estaban desordenadas y todo era posible ya.

Frente a esta situación se plantean en Podemos al menos dos análisis de la fase y en consecuencia, dos estrategias. Por un lado, quienes consideran que viene un período en el que no es posible ganar posiciones en la política española y, por tanto, lo que debemos hacer es “cavar trincheras”, protagonizar protestas y endurecer nuestra formación política para hacerla capaz de pasar un período invernal sin bajas, sin perder a los ya convencidos; por el otro, otros quienes defendemos la debilidad del gobierno de Rajoy y la necesidad de seguir a la ofensiva ya que estamos ante un momento de desplegar las velas y seguir avanzando. Además estas posiciones resistencialistas son partidarias de una agenda de reivindicaciones centradas exclusivamente en los sectores más empobrecidos, de una agenda institucional que huya de cualquier compromiso o entendimiento, y de una línea ideológica que considere que la transversalidad ha rendido todo lo que podía y que hemos de concentrar nuestros esfuerzos en construir una fuerza política que aglutine al conjunto de la izquierda.

Desde estas posiciones, se plantea que toca ser más “nosotros mismos” que nunca y no dejarse “domesticar” o “integrar” en el sistema. El problema es que ese “nosotros mismos” no se sabe muy bien a quien se refiere porque Podemos nunca alcanzó su inmenso apoyo popular defendiendo tales posiciones. Como si nos hallásemos ante un dilema en el que hubiera que elegir entre los principios y la coherencia o la posibilidad de ganar, tales posiciones se recrean en una determinada lectura de la Transición política en España, según la cual Podemos tendría el riesgo de convertirse en el nuevo PSOE y, por lo tanto, se trataría de escapar de esa maldición. El asunto es que ya no estamos en 1978 y no se trata de ser el PSOE o el PCE. Como hemos dicho en otras ocasiones, esos debates no corresponden a Podemos. No se trata ahora de ninguna revancha histórica de ningún partido, sino de recuperar la soberanía popular y la justicia social en nuestro país.

Por nuestra parte, creemos que la restauración no tiene condiciones para imponerse, que tenemos enfrente a un gobierno débil que ha de elegir entre aprobar su agenda o dar aire a sus partidos rehenes, y que nos encontramos en un escenario en el que podemos seguir avanzando posiciones a condición de:

- 1. no regalar más tiempo, ni creer que el derrumbe de alguno de los partidos tradicionales será para siempre o nos hará nuestro trabajo**
- 2. recuperar la iniciativa demostrando que somos capaces de presionar al gobierno, de liderar acuerdos o de instalar temas en la agenda nacional** (transición energética, lucha contra la violencia machista, derechos sociales, condiciones de autónomos y pymes, jóvenes exiliados, etc.) **que nos muestren como una fuerza política de futuro** y con capacidad de dirección a la vez que creando un orden nuevo y generando certezas y seguridades;

3. **reconocer que en las instituciones no podemos estar apelando al advenimiento del cambio, sino demostrándonos útiles ya**, dado que si quieren atraparnos y arrinconarnos en el Parlamento debemos romper el cerco con más y mejor iniciativa;
4. **recuperar un discurso transversal que deje atrás las etiquetas izquierda/ derecha** no por renuncia alguna, sino porque asume que **la unidad del pueblo es más ambiciosa, radical y transformadora que la unidad de las izquierdas**: por supuesto cabe la izquierda tradicional, pero va más allá;
5. **recuperar la capacidad de interpelar y seducir a los sectores más diversos**: no podemos ser de facto una fuerza política que atraviesa pertenencias sociales, geográficas y de edad, que voluntariamente se encierre sólo en hablarle a los sectores más golpeados sino que necesitamos recuperar la línea propia de una fuerza patriótica popular, que le hable a la gente sin preguntarle de dónde viene;
6. **hemos de afirmar nuestra clara e inequívoca vocación de gobierno**. Esta no es una cuestión exclusiva de palabras, sino de nuestra práctica: nosotros somos los que representamos un orden nuevo frente al desorden y la chapuza de los de arriba, nosotros traemos el buen hacer y la seguridad frente al miedo y la incertidumbre que generan los que mandan y nosotros debemos conducirnos ya como si estuviéramos poniendo en práctica el país que viene y del que nos vamos a hacer cargo. Sólo gobernaremos si antes España se nos imagina gobernando. Esto no tiene nada que ver con concesión alguna hacia las formas o contenidos de los partidos tradicionales. Históricamente nada ha asustado menos a los de arriba que las minorías ruidosas de protesta. Y nada les ha generado más inquietud que los proyectos capaces no sólo de conquistar la indignación, sino también la confianza. Sólo es radical una fuerza que puede construir el poder para hacer cambios. Para una segunda transición las oligarquías necesitan una izquierda folclórica e impotente. Lo que puede profundizar y llevar a buen puerto el proceso de cambio abierto, frustrando la restauración, es un amplio movimiento popular, transversal y democrático. **A la fuerza de los de arriba no se le puede oponer la izquierda, sino la mayoría heterogénea y mestiza de los de abajo.**

Para nosotras y nosotros el momento actual no es exclusivamente defensivo por más que no hayamos alcanzado el gobierno del Estado, sino ofensivo. Cometeríamos un error si nos replegásemos en las identidades y prácticas tradicionales. Son terrenos más seguros pero yermos e improductivos. Le dejaríamos además a los partidos viejos y sus creadores de opinión el espacio para reconstruir, por incomparecencia nuestra, un cierto orden, siquiera sea por agotamiento, pasividad e inercia burocrática. Por ello consideramos que tras el “asalto electoral” viene el momento de romper el cerco en el que nos quieren encerrar y avanzar posiciones, en la sociedad civil y el Estado, para ir fraguando la fuerza que llegue a las próximas urnas como la mejor y más acabada expresión de un horizonte de una España nueva y un acuerdo social inclusivo y justo.

Esta diferencia política crucial está relacionada con la cuestión de la excepcionalidad. Hay quienes creen que en condiciones “normales”, es decir, en un momento como el actual en el que la crisis de régimen sigue abierta pero atravesada por la resaca y la ralentización de los ritmos de la fase postelectoral, Podemos no puede ganar las elecciones y gobernar en España. Nosotros creemos que somos perfectamente capaces de avanzar en este nuevo terreno. Aún más, afirmamos que solo si salimos de la lógica del “golpe de efecto” y de ser los *enfants terribles* de la política española, solo si construimos una alternativa para los que vibran con la épica y los que necesitan garantías, estaremos en condiciones de gobernar nuestro país y abrir así un proceso de poder popular que equilibre la balanza y reescriba el acuerdo social.

Ya hemos abierto brecha. Es hora ya de representar un horizonte alternativo de seguridades y certezas.

Consideramos, por tanto, que es el momento para Podemos de cruzar el Rubicón. Ya hemos sido capaces de abrir brecha en el sistema de partidos, poner patas arriba las posiciones tradicionales, mostrar las miserias de las élites viejas, ilusionar a gran parte de nuestro país y ser los campeones de la denuncia política y moral de lo que no funciona o ha colapsado. Hemos sido exitosos en dividir el campo político en dos y señalar que la principal diferencia se da entre todos los partidos del mantenimiento del sistema viejo y nosotros. No es eso lo que ahora está en disputa. Ya somos una fuerza *outsider*, innovadora y de ruptura.

Lo que nos jugamos es si esa es una posición declarativa o si, por el contrario, podemos convertirla en poder político. En los Estados modernos, en los que las crisis económicas o políticas no provocan el derrumbe de las administraciones públicas, las certezas y la cotidianidad institucional, las fuerzas del cambio no ganan solo por impugnar lo existente. Ganan por ser portadoras de un proyecto de normalidad alternativa, por ser creíbles como representantes de un orden nuevo posible, por ir construyendo y desplegando un proyecto alternativo de sociedad entre la descomposición o el bloqueo de la vieja. Pero el tránsito de una a otra hay que irlo adelantando y anticipando con zonas templadas para los sectores más dubitativos o, hasta ayer, más apegados al orden tradicional.

Es fundamental entender que en España hay abierta una crisis de régimen, pero no una crisis de Estado. Hay una crisis orgánica que envuelve a los partidos políticos y los instrumentos de concertación social, a la credibilidad de los actores mediáticos e intelectuales que hasta ayer cimentaban el consentimiento, del modelo de desarrollo económico y su sostenibilidad social y ecológica, del prestigio de las élites, del modelo territorial y de las expectativas de las nuevas generaciones y el pacto intergeneracional. Pero esa crisis, por mucho que desordene los equilibrios de poder y dificulte la estabilización, no afecta en lo fundamental a los aparatos del Estado, la confianza social en “el progreso”, el consumo o el funcionamiento de las instituciones. Es decir, a la reproducción de un cierto orden, por más injusto que este sea. Se mantiene también la importancia central en la creación de opinión de sectores medios cuya incorporación al campo del cambio político es *condición sine qua non* para su triunfo. Algunos de estos sectores en los últimos meses se han sentido más alejados de nosotros

como fuerza de futuro y de avance, que recoge el elemento progresista que la meritocracia puede tener en un sistema político copado por la mediocridad y las redes clientelares.

En esas condiciones una fuerza transformadora no es la que se limita a repetir “que se vayan todos”, sino la que libra un combate cultural, institucional, intelectual y electoral para ganarles la credibilidad y la dirección social a los actores tradicionales. Errar en el análisis, creer que una fuerza antioligárquica es una fuerza exclusivamente de impugnación, o cuyas posibilidades de éxito tienen que ver sólo con la proliferación de manifestaciones, nos costaría regalarles un tiempo precioso. De la misma manera, un retroceso a visiones toscas que creen que con la crisis económica “caen las caretas” y acaban constituidos los campos del pueblo frente a la oligarquía equivale a encerrarse voluntariamente en un margen del tablero y a olvidar que la construcción de pueblo es una tarea paciente y cuidadosa de federar aspiraciones y demandas en torno a un proyecto compartido generador de esperanzas y certezas, un horizonte nuevo para nuestro país.

Esta es la segunda parte de nuestro despliegue político. En España el proceso de cambio se abrió cuando se extendió y se generalizó la idea de que era la minoría privilegiada la que había roto y traicionado el contrato de convivencia, la que no había cumplido. **La continuación y victoria del cambio, por tanto, llegará cuando consigamos disolver los miedos en torno a nosotros, atraer a sectores muy diversos y ser efectivamente el núcleo irradiador de un nuevo acuerdo de país. Ya hemos impugnado y desafiado al orden: ahora toca sustituirlo por un contrato social más amplio, más democrático, más moderno y más justo.** Podemos ganará cuando sea percibido como esa fuerza, cuando haya sido el motor y articulador, junto con muchos otros, de ese relevo histórico de las élites hoy agotadas. **Consideramos fundamental corregir el rumbo de los últimos meses y volver a disputar el sentido común y las nociones centrales para los españoles, como fuerza que más y mejor entronca con las mejores posibilidades de nuestro futuro.** Podemos ha de ser la fuerza que reconstruya el acuerdo de convivencia y equilibre la balanza: un orden que esta vez tenga en el centro los intereses de la mayoría humilde, decente y trabajadora. Esta es la principal diferencia entre una fuerza de resistencia y una fuerza patriótica de gobierno.

Tras el momento de la irrupción plebeya en el Estado, no podemos quedarnos ahora encerrados tras los muros del cordón de seguridad “constitucionalista” que busca aislarnos como cuña de protesta. Tenemos ante nosotros la posibilidad de vencer. No es el momento de que Podemos construya una armadura para pasar un largo y frío invierno de recomposición del régimen del 78. El régimen sólo reordenará sus filas y recuperará la capacidad de dirigir si nosotros nos encerramos en nosotros mismos y cedemos ese espacio. **No necesitan “domesticarnos”, les basta con arrinconarnos y dejarnos una cómoda y folclórica existencia en la esquina izquierda del tablero, fuera e impotente ante su reconstrucción del sistema político.** Necesitamos, por el contrario, abrirnos más, echar más raíces en el territorio, mezclarnos más con el país real, seguir apelando a los que faltan, que son muchos, diversos e imprescindibles, mantener la transversalidad, el sentido común y la vocación de mayorías como brújulas. Es el momento de desplegar una lógica hegemónica. Ya hemos abierto brecha, ahora toca hacernos fuerza dirigente antes de ser gobernante.

Por supuesto, esta coyuntura no se explica únicamente por razones de política interna en España. Basta mirar a nuestro alrededor, a la suma de desastres que se están produciendo. La fase de ensanchamiento, de crecimiento, de apertura, de construcción de una mayoría y un bloque histórico nuevo es esencial también para la suerte de Europa y de los equilibrios geopolíticos globales. La historia de Europa nos lo enseña: si no lo damos nosotros, si no ganamos, serán las fuerzas reaccionarias quienes sigan creciendo en el continente. Por eso, también, tenemos la responsabilidad histórica de vencer.

La gran excepción: Podemos como baluarte ante la geopolítica del desastre

Nuestra experiencia política de estos tres años es indisociable de un contexto geopolítico desatado, que no cesa de derribar límites que parecían intocables, y ante el que Podemos sigue apareciendo en el panorama internacional como un baluarte, un dique de contención y una de las mayores esperanzas para encauzar la revuelta anti-austeritaria en una clave netamente democrática, transformadora, feminista y radicalmente comprometida con los derechos humanos. Tras el colapso financiero global de 2008 y el posterior “golpe de sociedad” que representaron las políticas de austeridad para dismantelar nuestros derechos conquistados, el gran levantamiento democrático internacional de 2011 nos hizo confiar en las posibilidades de inspirar un ciclo transformador que sostuviera procesos de democratización real a lo largo y ancho del planeta. En clave europea, el ciclo electoral que se abría en la periferia continental (con procesos consecutivos en Grecia, Irlanda, Portugal y España) parecía estructurar la gran disyuntiva del continente como una confrontación entre el blindaje neoliberal del orden de la austeridad de la UE o la conformación de una alternativa democrática que desafiara al *establishment* desde la periferia para abrir una confrontación orientada a la redistribución social.

Por eso la UE no dudó en declarar un estado de excepción material en sus “negociaciones” con el gobierno griego; por eso no dudó en movilizar todos los resortes del poder burocrático, financiero, económico y político para neutralizar la aparición de un modelo alternativo en el corazón mismo de la Eurozona, a pesar de que agentes tan poco sospechosos de progresismo como el FMI alertaran repetidamente –como hoy prueba la tenaz realidad macroeconómica de Grecia– de la profunda irracionalidad que representaba la insistencia en un modelo económico, el de la austeridad, que sigue produciendo estragos por todo el continente. La posibilidad de la ruptura surgió, primero, allí donde las contradicciones económicas, políticas y sociales eran más evidentes, pero también donde la correlación de fuerzas era más desfavorable para los agentes de la transformación social. Queda pendiente un análisis riguroso de las posibilidades y los límites no aprovechados en el conflicto griego; pero más que incidir en una reflexión moral sobre el Gobierno griego, nos toca hacer un proceso de autocrítica por no haber logrado ganar nuestras propias elecciones, pues la suerte del pueblo griego habría sido muy distinta si en diciembre de 2015 hubieran contado con un aliado como España en esa mesa de negociaciones.

La situación de hoy se parece poco a la de aquellos augurios del 2011. A ese ciclo electoral potencialmente progresista le ha seguido un proceso de fascistización en toda regla de

muchas sociedades centroeuropeas donde opciones xenófobas, pre-autoritarias o reaccionarias de distinto cuño han sabido articular la rabia ciudadana contra las políticas del *establishment*. ¿Sus herramientas? La manipulación vergonzante de la crisis de las personas refugiadas, la vertebración de un discurso de proteccionismo económico y social de las clases populares y -en general- la proyección de modelos de certidumbre y autoridad en tiempos de desasosiego, quiebra de las trayectorias vitales y pauperización de las clases medias y trabajadoras.

En toda nuestra área de vecindad se multiplica la espiral de guerras, destrucción y violencia que inició la invasión de Iraq por los Estados Unidos de América y que ahora se perpetúa en torno a la desastrosa política de ampliación de la OTAN hacia el este de Europa y bajo la connivencia (cuando no la responsabilidad activa) de las grandes potencias de la UE en la desestabilización de todo el área geopolítica de Oriente Próximo. La rearticulación geopolítica de los mercados de materias primas y *commodities* es inseparable del auge descontrolado de los inmensos mercados basados en los flujos ilícitos de capital, armas y personas, de los que la crisis de personas refugiadas es el más claro exponente en nuestros días. Otra muestra y efecto: los retrocesos patentes en materia de regulación financiera y de avance en la construcción de mecanismos para una democracia económica internacional. La UE, y el Gobierno de España con ella, han bloqueado sistemáticamente todos los intentos de crear un marco de derecho internacional para la regulación de esos flujos ilícitos de capital que apueste por -pero no exclusivamente-: la lucha contra los paraísos fiscales, la creación de una agencia fiscal internacional, la adopción de un marco legal para los procesos de reestructuración de deuda soberana, o el alumbramiento de un instrumento vinculante en materia de DDHH para controlar la acción de las empresas transnacionales. Al contrario: su reacción ha sido la de impulsar los procesos de negociación de tratados comerciales como el TTIP, el CETA o el TISA y dotar así de un blindaje constitucional al poder de las multinacionales y los grandes capitales a costa de la banalización de los derechos laborales, sociales y medioambientales y del vaciamiento efectivo de los poderes legislativos, del derecho constitucional y del principio democrático mismo.

La crisis de refugiados, la espiral de guerras ilegales que la han causado, la militarización de las fronteras y el aumento de las desigualdades, el Brexit, la victoria de Trump, el surgimiento de una nueva internacional reaccionaria que amenaza con resucitar los peores fantasmas de la historia de Europa, la operación sistemática para el desmantelamiento de los Estados del bienestar. Ninguno de estos fenómenos es separable en su esencia: las fuerzas democráticas han retrocedido posiciones en estos años frente al orden de las finanzas que nos llevó al colapso en 2008 y que desde entonces no ha dejado de cobrarse con derechos que costó décadas de lucha conseguir la factura de una crisis que nuestras ciudadanías no causaron. Ese es el contexto en el que debemos plantearnos nuestra existencia, nuestros objetivos y contra el que debemos medir nuestra ambición: **Podemos es hoy en día una fortaleza frente a esa geopolítica del desastre, una fuente de inspiración y referencia a nivel internacional, y una vacuna frente a las derivas que amenazan con sacrificar las conquistas democráticas, sociales y civiles que vayamos a legar a las generaciones venideras.** Por eso, toda

nuestra acción y toda nuestra reflexión debe estar orientada por una máxima contundente: tenemos la obligación geopolítica de ganar.

¿Gobernar para hacer qué? Hacia un nuevo bloque histórico internacional

Cada vez que en Europa se abren las urnas la gente vota contra Bruselas. Es imposible entender el auge de la extrema derecha sin entender el colapso del ideal de Europa como espacio de derechos humanos, democracia y bienestar, sin entender el descrédito profundo del proyecto de la UE, y sin entender también que esa disociación cada vez mayor entre gobernantes y gobernados, entre élites y ciudadanos, es el resultado directo de ese nuevo sistema ideológico que llamamos austeridad, que ha hecho colapsar los sistemas bipartidistas de la posguerra europea sustrayendo las decisiones sobre la economía del ámbito democrático. Mientras el proyecto europeo siga en esta deriva, mientras se sigan desmantelando los Estados del bienestar y esa red de derechos sociales que costó generaciones de luchas conseguir, seguiremos inmersos en la misma disyuntiva: o logramos vertebrar una alternativa democrática, popular, firmemente anclada en la defensa de los derechos humanos y la justicia social, o será la extrema derecha quien convierta ese descontento popular en pesadilla. Basta con mirar a nuestro alrededor en Europa: aquí no son las fuerzas reaccionarias quienes han logrado capitalizar ese descontento; aquí no se ha impuesto culturalmente la xenofobia, el odio al diferente, el autoritarismo; aquí es una fuerza democrática, plebeya y popular quien representa la alternativa al régimen caduco del 78 y al orden económico de Bruselas. Eso es un motivo de orgullo, pero también de profunda responsabilidad.

Una pieza clave de esa batalla por la conformación de una alternativa democrática a la austeridad tiene que ver con el hundimiento histórico del consenso socialdemócrata europeo (y con él, de la geopolítica de la posguerra mundial, de la guerra fría y de su epílogo neoliberal). Con la caída de Renzi y Hollande ha fracasado el último intento de la socialdemocracia europea por legitimar con cosmética progresista las políticas de Bruselas, el compromiso con una especie de “austeridad con rostro humano”. Ese espacio derruido es el que está en disputa en Europa: si en Grecia, en Portugal o en España ha estado sujeto a rearticulaciones progresistas, en otros países como Francia, Italia, Alemania, Austria, el Reino Unido, los países escandinavos y, de manera distinta pero tremendamente preocupante, en el bloque del Este y los países de Visegrado, son en gran medida fuerzas xenófobas quienes están rearticulando los campos políticos en un clave netamente reaccionaria.

Disputar el espacio abierto por el hundimiento del consenso de la socialdemocracia europea no tiene nada que ver con discutir las formas de relación con las fuerzas socialdemócratas o con los restos de las fuerzas socialdemócratas que siguen existiendo. No tiene que ver con un sumatorio de relaciones con otros espacios políticos, sus siglas o sus identidades. Tiene que ver con la construcción de un nuevo bloque histórico que sea capaz de vertebrar y sumar a los sectores sociales que han quedado huérfanos por la deriva neoliberal y austeritaria de esas fuerzas (en especial de aquellos sectores que más nos ha costado movilizar e incorporar a nuestro proyecto político: clase trabajadora, mujeres, mayores de 45 años y mundo rural). No se trata solo de una lógica electoral o aritmética: en el momento en el

que el consenso socialdemócrata ha colapsado, es de una importancia estratégica y táctica fundamental construir un nuevo bloque histórico capaz de sostener un proyecto de transformación económica y social a medio plazo, en una correlación de fuerzas negativa, y en un contexto geopolítico en degeneración. La vertebración de ese bloque histórico es la condición, y no el efecto, para gobernar España, y gobernar España es una condición esencial para incidir en la correlación de fuerzas continental y poder revertir la deriva de un orden europeo cuyos horizontes se han quebrado bajo el peso de la austeridad y que es necesario reconstruir desde sus cimientos.

Hay que decirlo alto y claro: el orden político de la UE está quebrado en sus dimensiones económica, política, ideológica y moral. Frente a las voces que claman por una suerte de repliegue nacional a la escala estatal, nosotros apostamos firme y constructivamente por refundar un proyecto democrático y social para Europa, que comprenda que nuestro modelo de Estado social y democrático de Derecho no es una simple suma de derechos, sino lo que nos define como pueblos dignos, libres e iguales. No debemos encerrarnos por ello en dicotomías ideales o estériles. Nuestro objetivo debe ser alcanzar el Gobierno del Estado para, midiendo y pesando todas las contradicciones, los límites y la estrechez de los márgenes, federar una alianza democrática internacional que nos haga avanzar posiciones en la batalla política contra la austeridad. Nuestro programa electoral señala los ejes y las claves en torno a los cuales se articula esa batalla: la defensa de la soberanía popular frente a poderes transnacionales no elegidos, el compromiso efectivo con los derechos humanos y la equidad de género, la utilización del derecho internacional para la defensa de los derechos y libertades fundamentales de nuestros pueblos. Esos principios deben materializarse en una convocatoria internacional contra la austeridad y por la defensa de los derechos humanos en Europa, con la perspectiva de una convergencia electoral a escala continental para las elecciones de 2019. Debemos convertir Podemos en un vector esencial de esa internacional democrática contra la austeridad. Estamos en una buena posición para lograrlo.

1. El Podemos que necesita España: nuestras tareas

Podemos no nació como un partido político más, sino como una fuerza ciudadana para recuperar la soberanía popular y poner las instituciones al servicio de la gente. Eso nos comprometió desde el principio con la amplitud de miras y la innovación. **Decidimos no tropezar en las piedras del pasado y no permitir que nuestros adversarios nos encasillaran con sus etiquetas.** Aprendimos de la sacudida democrática del 15M que suavidad y contundencia no sólo no estaban reñidas sino que caminan de la mano. Aprendimos también que nuestro pueblo comparte ideas de sentido común sobre el país que deseamos la mayoría, y que esas ideas han sido traicionadas por quienes nos han gobernado hasta ahora. Aprendimos, por último, que una fuerza política que quisiera estar a la altura del momento histórico no se deja atrapar en las divisiones previas a la crisis, sino que se hace cargo de la mayoría nueva que hoy quiere más y mejor democracia, blindaje de los derechos y justicia social, servicios públicos, empleo y pensiones dignas, un pacto intergeneracional y con el medio ambiente, modernización de nuestro modelo económico y energético y unas instituciones transparentes y regeneradas al servicio de la gente y no de las tramas mafiosas. Estos puntos tan sencillos y tan claros, fueron la base para una primavera democrática. Para nosotros siguen siendo la base para convertir aquella primavera en proyecto de país y gobierno.

Por lo tanto, Podemos se define a partir de aquella sacudida democrática y del trayecto que hemos recorrido en estos casi ya tres años. Claro que hay cosas que han cambiado, porque no ha parado de incorporarse gente -con su militancia, su experiencia, sus consejos, con su voto o con su simpatía activa- y hoy somos una parte sustancial de nuestro país, nos parecemos más a él. Ese camino debe continuar. No sólo por razones electorales, sino fundamentalmente políticas: **el 15M nos demostró que la sociedad va muy por delante de sus representantes y sus élites económicas y políticas.** Somos una sociedad más plural y tolerante, más creativa y avanzada, más trabajadora y más solidaria que quienes nos gobiernan. La defensa de los hospitales y la sanidad por la marea blanca, la lucha por la educación pública de la marea verde, la lucha contra los desahucios, las movilizaciones por mayor democracia y por el derecho a decidir, la lucha de las mujeres por el derecho a su cuerpo y a no ser asesinadas, la solidaridad frente al crimen de los desahucios, la movilización cívica para acoger

a los refugiados, la ilusión despertada con los ayuntamientos del cambio, el caudal de generosidad con los proyectos transformadores, el calor con los diferentes conflictos laborales...

Pero también el talento joven expulsado de nuestro país por las políticas mal llamadas de austeridad, la resistencia y el empeño de los autónomos, las pymes y los proyectos de la economía social y cooperativa, la capacidad de nuestros profesionales del sector público, los malabarismos de la gente más humilde, casi siempre madres y abuelas, para sacar adelante a sus familias en las condiciones más difíciles. Son todos ejemplos de un país real que va ya muy por delante del país oficial y que pide paso y reconstruir el acuerdo de convivencia. Digámoslo claro: necesitamos una fuerza política tan amplia, innovadora, tolerante y democrática como el país que ya somos.

Nosotros hemos sido instrumento para derrotar el pesimismo, para demostrar que *sí se puede* y para abrir brecha. **Ahora tenemos que abrirnos en lugar de cerrarnos, recuperar el rumbo de la transversalidad y el proyecto ganador, demostrarnos útiles a nuestro pueblo en las instituciones donde estamos para ser la punta de lanza del país que está por venir.** En consecuencia, entendemos Podemos como una herramienta para el cambio social y político en España. Una creación colectiva que no es un fin en sí mismo, sino un trayecto hacia la recuperación de la soberanía popular.

Por eso, para nosotros Podemos es una fuerza radicalmente democrática, popular patriótica, plurinacional y feminista:

Democrática porque entendemos que la disputa política que atraviesa hoy Europa es aquella que se da entre la fuerza de minorías privilegiadas – la oligarquía – y la capacidad de la ciudadanía y los pueblos para decidir cómo quieren vivir. No hay contradicción más profunda, más radical y con mayor capacidad transformadora que ésta. Creemos que las décadas de neoliberalismo han pretendido encerrar y asfixiar los principios de soberanía popular y de los derechos en favor de un autoritarismo financiero y de mercado que es políticamente insostenible, socialmente injusto y económicamente desastroso. Creemos que es preciso reequilibrar la situación afirmando el principio democrático de la soberanía del pueblo y el principio republicano de la garantía de la separación y el control de poderes para terminar con la ley del más fuerte.

Popular porque ha llegado el fin de la utopía conservadora de tener sistemas formalmente democráticos, pero vacíos de pueblo. La democracia no es solo la competición entre candidaturas electorales. Este es un componente fundamental, pero no es el central, ni por supuesto el único. En contra de quienes dieron la historia por terminada, desde el liberalismo hasta la socialdemocracia, pero también de quienes creen que las posiciones en la historia están fijadas por la economía, sostenemos que una sociedad es tanto más vigorosa cuanto más comunidad haya sido capaz de crear. Para nosotros la tarea de “construir pueblo” es una tarea cultural, colectiva y desde abajo para generar afectos y esperanzas compartidas, para tejer y terminar con la fragmentación y la soledad. Un pueblo soberano es mucho más que una suma de electores o consumidores: es una comunidad voluntaria y consciente que

se dota de instrumentos para una vida mejor. No hay nunca un momento tan fundante, tan fértil y tan revolucionario como el de *We the people*.

Patriótica porque amamos nuestra tierra y sabemos que por debajo del relato nacional de las élites hay una historia, a menudo anónima y subterránea, dura, llena de tropiezos y de infamias, pero nuestra: compuesta de gente humilde dejándose la piel y a veces la vida para construir un país en libertad donde todos pudieran vivir con dignidad con independencia de su origen. Durante demasiado tiempo, por prejuicios y por razones del pasado, las fuerzas progresistas le han regalado a los más conservadores y a los representantes de los privilegios este tesoro y este patrimonio. Nosotros hace tres años dijimos que no estábamos dispuestos a consentir que nos robaran España precisamente aquellos que maltratan a los españoles. Nosotros tenemos una concepción popular del país: una Patria es una comunidad orgullosa que se cuida, que no deja a nadie atrás. Por eso decimos que “la patria es el otro”, la solidaridad entre la gente, los servicios públicos y la idea de que podemos confiar en nosotros mismos. Por eso decimos que patriotas son quienes han protegido la sanidad o quienes defienden a sus vecinos de los desahucios o quienes investigan para que tengamos energías más limpias. Y que antipatriotas, por muchas pulseras que lleven, son quienes le rinden la soberanía a Merkel o quienes se llevan sus cuentas bancarias a Suiza para no arriar el hombro.

Somos una fuerza plurinacional porque en un país de países, en el que conviven diferentes pueblos e identidades, el único pegamento posible es el reconocimiento mutuo, el diálogo de igual a igual, el respeto a la diversidad, el libre acuerdo y la democracia. Estamos comprometidos con el derecho a decidir y, al mismo tiempo, afirmamos que queremos construir un futuro compartido entre los pueblos de España, que deberá incorporar una nueva ordenación territorial con más peso del municipalismo y de la confederación entre pueblos. La derecha ha construido su identidad nacional, centralista y agresiva contra los distintos pueblos del Estado español. Este parecía un callejón sin salida para las fuerzas democráticas, pero nosotros hemos levantado una idea de patria democrática que reconoce la diversidad nacional y que, por eso, tiene más capacidad de articulación hacia el futuro. Quienes gobiernan, digámoslo claro, no tienen proyecto alguno para solucionar los conflictos territoriales. Nosotros estamos muy orgullosos de haber levantado la bandera de la plurinacionalidad y creemos que su desarrollo es el único camino para construir un proyecto democrático de convivencia y de suma de energía entre las fuerzas hermanas del cambio.

Feminista porque entendemos el feminismo como una mirada transversal a la sociedad y radicalmente democrática y transformadora. Asumimos e incorporamos la perspectiva feminista no solo para reclamar la presencia de mujeres en el empleo o la política sino porque entendemos que el feminismo y la feminización de la sociedad y de la política vienen a transformar radicalmente esos ámbitos. Queremos una mirada feminista del trabajo, que replantee la equiparación del empleo con el trabajo y saque a la luz todos esos trabajos no remunerados pero socialmente necesarios que las mujeres han hecho en la invisibilidad del espacio privado. Queremos politizar el cuidado y convertirlo en un asunto político que nos compete a todas y a todos. Queremos masculinizar el cuidado y feminizar la política, que es

la otra cara de esta moneda. Porque entendemos que una política hecha por y para hombres ha sido una política ciega a grandes problemas sociales y más vulnerable a la destrucción oligárquica de los derechos y a unas políticas económicas contra la vida, porque cuando en política estamos todos y todas también están todos los problemas. La feminización de la política debe implicar una apuesta feminista por un radical cambio en las prioridades políticas, pasando por la consideración del problema de la violencia machista como una cuestión de primer orden que requiere un gran pacto social y ciudadano. Una España feminista es una España radicalmente democrática y plural y por ello la apuesta por la feminización de la política ha de ser una apuesta por la democratización de los espacios políticos y las instituciones, por la desmasculinización de una esfera que ha estado ocupada durante cientos de años por hombres y ha sido hecha a su medida, excluyendo no solo a las mujeres sino a otros sujetos con otras identidades no normativas. En la construcción de una España más democrática y plural el feminismo, en alianza con las luchas LGTB y la defensa de identidades emergentes, ha de ser un principio transversal en nuestro análisis y nuestra práctica, que adelante el país que queremos para mañana.

Somos, por tanto, la fuerza de los nuevos consensos, de la España del futuro. **Ante la ausencia de proyecto nacional de los de arriba, que sólo proponen la resignación y el retroceso, nosotros comparecemos ante nuestro pueblo con una agenda democrática, patriótica, inclusiva y de futuro.** No nos cabe la menor duda de que este camino lleva a la constitución de un Gobierno al servicio de la gente que promueva una reescritura del acuerdo social que no deje a nadie atrás y que no nos haga desperdiciar por más años el talento y el esfuerzo de nuestra sociedad, parasitada por unas élites incapaces y chapuceras.

Por eso nos fijamos dos grandes tareas para nuestro futuro inmediato: ser fuerza de gobierno y construir pueblo.

1.1. Fuerza de gobierno

Para los de arriba ser fuerza de gobierno tiene que ver con los oropeles - la corbata y los protocolos - y con *tener* el poder. Para nosotros tiene que ver con habernos ganado la confianza de nuestra gente y con lograr la capacidad de precipitar los cambios que necesita nuestro país. Somos perfectamente conscientes de que un gobierno progresista, al servicio de los más desfavorecidos y del avance de nuestro país, no es omnipotente, sino que se encuentra rodeado de actores poderosísimos, de inercias y de límites estructurales que estrechan su margen de actuación. Pero este no es para nosotros un motivo de renuncia. Tampoco escurrimos el bulto trasladando a la movilización todo el peso del cambio histórico. **Hay que atreverse a gobernar, no es el momento de dudas, repliegues o complejos**, sabiendo que esto siempre se hace en condiciones no elegidas, nunca idóneas. Y aun así hay que hacer camino, transformar, redistribuir, democratizar y dejar el país mejor para que quienes vengan detrás sigan empujando. El gobierno y el Estado no lo pueden todo, pero son tan importantes como para que los de arriba lo pretendan patrimonializar y usufructuar siempre. Por algo será.

Por otra parte, el Estado no es una máquina que o se controla del todo o es inservible. Las instituciones no son un botín, ni un *joystick*: son riqueza social sedimentada, el resultado de años de confianza y esfuerzo colectivo. Durante demasiado tiempo los privilegiados las han secuestrado, pero el problema son los privilegiados y su mal gobierno, no las instituciones. **Por eso no queremos derruirlas, sino recuperarlas para el pueblo y transformarlas para hacerlas más abiertas, transparentes, justas y al servicio de quienes más las necesitan.** Las instituciones han sido usurpadas para ponerlas al servicio de la ley del más fuerte y la lógica clientelar; a nosotros nos toca retomarlas para que garanticen la lógica del bien común y la justicia.

Para ello, hemos de demostrar capacidad de gobierno y voluntad de poder. **No queremos dar pasos atrás en este sentido.** Una fuerza de gobierno es aquella que, incluso antes de gobernar, marca con su iniciativa política e institucional, con sus propuestas y con su generación de confianza, el rumbo posible y alternativo de país. En países sumergidos en crisis de Estado se puede llegar al gobierno sin haber pasado antes por ser este “gobierno imaginado posible”. En países de Estados consolidados como el nuestro, no. Seremos gobierno cuando previamente la sociedad española nos imagine gobernando. Y eso sólo se hace de una forma: gobernando ya en los intersticios o en las iniciativas posibles; reuniendo en torno a nosotros a los mejores y los más prestigiosos; suscitando entre la gente sencilla la confianza no sólo de que nosotros no les fallamos, sino también de que somos capaces de hacer las cosas de manera distinta y eficaz.

Venimos de dos años de correr, de golpes de efecto y operaciones de inmediatez: de “guerra de movimientos”. Ahora viene para Podemos un período de “guerra de posiciones” en la que debemos evitar el cerco donde quiere encerrarnos el adversario y al mismo tiempo fracturar el campo opuesto. Hemos de sembrarnos en España y ser el mejor catalizador de las energías y esperanzas por el cambio, que siguen estando ahí. Estamos convencidos de que nuestras ideas, nuestras propuestas para el país, son ampliamente compartidas entre la ciudadanía, son hegemónicas ya en la sociedad. Por eso el adversario tiene que hacerles frente, tiene que evitar que podamos defenderlas, tiene que recurrir al miedo. Queremos convertir esa mayoría social difusa en mayoría política.

Para ello hemos de recuperar la iniciativa en los barrios, en la discusión intelectual, entre los sectores económicos y sociales. Hemos de generar la confianza necesaria para articular una mayoría popular, diversa y heterogénea, que sirva de palanca para desalojar a la oligarquía del poder y cosechar los frutos ya sembrados, ya maduros, de un país mejor y más cuidadoso y justo para su gente.

Es hora también de detener la ofensiva oligárquica, anti igualitaria y recentralizadora del PP, que trata de dejar estos años de turbulencias políticas y económicas atrás como un mal sueño y consolidar como un nuevo modelo la injusta e ineficaz gestión de la crisis económica. Esta es una prioridad fundamental que no puede esperar.

1.2. Construir pueblo

Los privilegiados creen que “el pueblo” es una anomalía infantil e irracional, o una antigualla de épocas pasadas. Estos no entienden que sin comunidad popular, sin horizonte y creencias que vertebran una sociedad, no hay proyecto sino solo soledad, sálvese quien pueda y ley del más fuerte. O peor, lo saben y no quieren explicitar su opción porque defienden intereses inconfesables.

La izquierda tradicional y algunos compañeros de Podemos creen que “el pueblo” ya existe, ya está constituido y espera representantes que digan la verdad sin tapujos. Para estos compañeros ese pueblo tiene una etiqueta ideológica e idealmente coincide con los sectores más desfavorecidos. Esta forma de entender el pueblo lo idealiza e impide convertirse en una fuerza popular que articula y sirve de sistema óseo y nervioso a una nueva formación, a una nueva subjetividad. Es una forma de ver la política que impide convertirse en mayoría.

Para nosotros el pueblo es una comunidad siempre por construir, un proyecto compartido. Es un organismo por nacer y ambivalente, que se nutre de deseos y dolores muy diferentes, y que puede orientarse en sentidos muy distintos. Para nosotros construir pueblo no es un juego de alquimia, ni una operación electoral. Tampoco es unir a organizaciones de protesta o de izquierdas. Es algo mucho más ambicioso: es fundar una identidad colectiva, una nueva forma de ser de nuestro país, que recorra el territorio, eche raíces en los barrios y centros de trabajo, multiplique una estética, una cultura, unos valores y un horizonte. Cuando un actor político participa de la construcción de un pueblo –antes de llegar al poder o desde allí– sus resultados electorales pasan a ser una cosa secundaria, porque ya ha escrito parte del presente y futuro de su país.

Cuando dijimos, hace ya más de dos años, que nuestra próxima etapa era la de la fundación de un movimiento popular, nos referíamos a que debíamos poner los recursos de Podemos al servicio de desbordar Podemos. Hemos avanzado mucho por el vector electoral, que ha ayudado notablemente a abrir un campo popular de millones de personas por el cambio. Ahora hay que estructurar ese campo, dar herramientas para que pueda dotarse de cuerpo. Esto no excluye acompañar las protestas o las manifestaciones, pero va mucho más allá de eso y, en todo caso, la función de Podemos debe ser acompañar, en segundo plano, respetando la autonomía de los colectivos o movimientos sociales.

Nos referimos a un trabajo paciente y descentralizado que vaya generando una sociedad dentro de la sociedad: creación de Moradas y bares en los barrios y pueblos; creación de universidades populares y centros de estudio; creación de asociaciones de ocio, deportivas; fomento de planes para el ocio juvenil y la creación cultural; puesta en marcha de medios de comunicación alternativos; desarrollo de proyectos cooperativos y emprendimientos en torno a la comunidad popular; iniciativas para la recuperación de la cultura popular tradicional y el folclore, así como para su reinención y mezcla; multiplicación de espacios de mutualidades para la autoprotección frente a la crisis, los recortes o la precariedad; estímulos a grupos de música, escritores, cineastas y artistas comprometidos con el tiempo de cambio. También la presencia en los espacios de socialización más importantes: las asociaciones de-

portivas y especialmente futbolísticas, las peñas, las AMPAS o las fiestas populares. Estos no son ni pueden ser proyectos de partido, sino que Podemos debe esmerarse en regarlos sin tutorizarlos, fomentando su independencia pero contribuyendo a trenzar lazos entre ellos. El objetivo no es fortalecer Podemos sino construir comunidad popular articulada, capaz de expresar y defender demandas concretas pero también de inscribirlas en un despliegue más general por el cambio en España.

Mención aparte merece la labor de multiplicación y formación de cuadros. Podemos será tanto más fuerte cuanto menos imprescindibles sean las compañeras y compañeros que hoy ejercen labor de dirección o gestión desde el ámbito estatal hasta un círculo de un pueblo o un barrio. Es labor de esos compañeros, pero también del conjunto de Podemos, generar los relevos para que cuando ellos lo dejen, haya tres mejores que ellos dispuestos a coger el testigo. Un dirigente no es aquel que ostenta cargos, sino aquella compañera o aquel compañero con capacidad de proponer rumbo, integrar ideas diferentes, ofrecer certezas cuando las circunstancias se nublan, seleccionar las tareas prioritarias y ser más útil al proyecto colectivo. Por encima de todo, es alguien capaz de sembrarse y multiplicarse. Nuestra militancia lo ha venido haciendo en estos años, pero casi sin apoyo. Es preciso que Podemos adopte una política de formación de cuadros plural, democrática, no de parte y generosa, que se traduzca en confianza política y recursos para que se ejecute de forma descentralizada y de acuerdo a cada realidad local o nacional.

Eso sí, nosotros lo decimos sin ambages: Podemos tiene que mantenerse como organización autónoma e independiente. Estas tareas son moradas y nadie las va a hacer por nosotros. Nuestro objetivo es más ambicioso que la unidad de la izquierda es la unidad popular y ciudadana en la que cabe la izquierda tradicional, pero va mucho más allá. Por lo tanto, Podemos tiene que seguir construyéndose política y orgánicamente como un proyecto autónomo capaz de establecer posteriormente alianzas electorales y acuerdos amplios con otras fuerzas hermanas. Sentimos una especial satisfacción por la constitución de espacios políticos diferenciados y de carácter plurinacional en los territorios con dinámicas nacionales propias como en Catalunya, País Valencia, Baleares y Galicia. Estamos seguros de que podremos llegar a nuevas alianzas electorales con fuerzas como IU en el futuro pero estos acuerdos se decidirán en función de las circunstancias por el poder soberano en Podemos, esto es, por los y las inscritas.

En paralelo, una política de construcción popular ha de trazar alianzas y la mejor relación, sin prejuicios ideológicos, con las instituciones de la sociedad civil y los espacios de socialización más importantes que puedan formar parte del gran acuerdo de país por el cambio o no ser hostiles a él. Las agrupaciones sindicales pero también de autónomos y pymes, las organizaciones religiosas, las asociaciones de consumidores y vecinales, los colegios profesionales o los distintos colectivos sectoriales han de ver en nosotros no un aliado institucional, sino un actor decidido a incorporar sus perspectivas y demandas a un proyecto nacional alternativo.

El trabajo institucional es un frente decisivo para Podemos en esta nueva fase y tiene diferentes niveles e intensidades: los Ayuntamientos del cambio, el nivel municipal, los Parlamentos de las Comunidades Autónomas y la oposición a nivel estatal. En este sentido, a pesar de nuestra juventud y cierta inexperiencia lógica Podemos ha de evitar el cerco en las instituciones y tomar la iniciativa en las mismas sin ninguna clase de complejos: tenemos que ser los mejores en el trabajo arduo y duro de la institución para ofrecer los máximos réditos a nuestro pueblo.

Necesitamos recuperar también el tono del Podemos original, es decir, aquel capaz de trabajar en positivo por la construcción de una nueva mayoría, el que suponía la conjunción virtuosa de la audacia de quienes saben tener un país por conquistar y la solvencia de quienes pueden ponerlo a funcionar mejor al día siguiente de gobernarlo, un tono que trate de interpelar a los que faltan para sumarlos y no que los expulse. En definitiva, se trata también de aprender de liderazgos de Ada Colau, Manuela Carmena y Mónica Oltra, ejemplarmente inteligentes en las formas y profundamente radicales en el contenido.

2. “Hacer patria: ser útiles hoy para gobernar mañana”

Introducción: Vistalegre II como una oportunidad para hablarle al país

La velocidad e intensidad del ciclo electoral ha hecho que nuestras propuestas se hayan convertido principalmente en material para la discusión en los medios y para los programas electorales. Está bien que haya sido así y, desde esa posición, han tenido una notable incidencia en el debate político español, generalizando el acuerdo en torno a algunas medidas (como el Rescate Ciudadano, las medidas contra las puertas giratorias o la transición energética) o colocando en agenda y abriendo la discusión sobre otras.

Ahora, terminado el ciclo electoral, la labor de una fuerza política transformadora y con vocación de gobierno no es proponer medidas para que sean votadas, sino ofrecer un proyecto alternativo de país y de sociedad. Hemos de reconocer que como resultado de la acumulación de tareas y de la aceleración del tiempo histórico, no hemos cuidado lo suficiente la necesidad de traducir hacia fuera, de escribir y someter a discusión, no un programa electoral para ganar unos comicios, sino un programa de país para ganar una década.

En los últimos tiempos, en Podemos se han estado produciendo debates o, en muchas ocasiones, intercambios de supuestas ideas políticas que no estaban a la altura de la situación histórica en la que nos encontramos o que, sencillamente, eran indescifrables para la mayoría de la ciudadanía de nuestro país. **Una fuerza política de futuro es aquella capaz de sentar las bases que construyen un nuevo acuerdo a la altura del país que ya viene.** Podemos no puede convertirse en una fuerza política tradicional más, en la que las ideas o las propuestas, la inteligencia y la capacidad propositiva carezcan de espacios para desarrollarse y prosperar. Solamente ganaremos, gobernaremos y transformaremos España, si somos capaces de poner encima de la mesa las mejores ideas, seguimos atrayendo talento y hacemos que nuestras propuestas calen en el sentido común. **En este momento decisivo, nosotros aportamos las mismas ideas que hemos venido defendiendo siempre.**

Nuestra II Asamblea Ciudadana, que llega en un momento decisivo para Podemos, es la ocasión para iniciar ese debate. Sólo maduraremos y daremos un paso adelante como fuerza de cambio y de mayorías si salimos del debate colectivo con una propuesta que sea capaz de conjugar dos retos: por una parte, un conjunto de medidas discutibles y útiles aquí y ahora, que nos permitan aislar parlamentaria y socialmente al PP y derrotar su ofensiva oligárquica, deconstituyente y recentralizadora; y, por otra, avanzar los principales ejes de transformación democrática del Estado, dibujando el nuevo acuerdo de país que queremos. La virtud por excelencia de una fuerza transformadora consiste en ser capaz de cambiar aquí y ahora las condiciones de vida de la mayoría social y, al mismo tiempo, empujar los límites de lo posible para cambiarlo todo.

Estas medidas tienen como principal objetivo frenar y derrotar la ofensiva oligárquica, deconstituyente y recentralizadora liderada por el Partido Popular como representante de los sectores más involucionistas. El PP está comprometido con una agenda que hace trizas gran parte de los derechos laborales, sociales y democráticos que contempla la Constitución Española de 1978. También con una ofensiva recentralizadora encaminada a asfixiar y dejar sin efecto la autonomía municipal y a dar por cerrados los mecanismos de coordinación entre poderes del Estado que constituían el Estado de las autonomías -la reforma punitiva del Tribunal Constitucional o el manejo de la financiación autonómica son ejemplos de ello. Y, por último, con una involución democrática por lo que respecta a los derechos civiles y de libertad de expresión, a los mecanismos de participación o al estrechamiento del ámbito de la soberanía popular en beneficio de los poderes salvajes e irresponsables de las finanzas. Es necesario y urgente derrotar esta ofensiva y ningún cálculo electoral o de partido puede estar por delante de la necesidad de revertir los recortes y la política de la desigualdad, la erosión democrática y la impunidad para las tramas corruptas. Para ello, Podemos ha de proponer políticas públicas realizables y fácilmente entendibles, que entronquen con el sentido común ya existente y puedan derrotar al gobierno débil o, en caso contrario, hacer a sus aliados-rehenes pagar el coste político de no apoyarlas.

En segundo lugar, Podemos debe ir avanzando los principales ejes de transformación democrática en el Estado, sabiendo que no todos serán realizables en el corto plazo pero que el objetivo es que vayan sentando las bases del nuevo acuerdo de país. Son las grandes avenidas del proyecto democrático, una agenda patriótica para incluir las necesidades y anhelos también de los sectores que no nos votan, pero de los que una fuerza política responsable y de futuro ha de hacerse cargo.

En este epígrafe presentamos para la discusión algunos de los que creemos son los ejes centrales de esta agenda democrática y de cambio, con la conciencia de que su utilidad depende tanto de que sean capaces de echar raíces en la opinión pública ya, como de tener el recorrido suficiente para sostener un proceso de cambio apenas comenzaría con la llegada de Podemos al Gobierno. Por lo tanto, son ejes basados en una filosofía: ser ya la anticipación de un nuevo país que está por venir y, al mismo tiempo, útiles en el “mientras tanto”.

2.1. Modernizar y diversificar la economía para garantizar derechos

Salir de la crisis, mirando al futuro: ecología y cambio de modelo productivo.

Después de la crisis financiera mundial que estalló en 2008, la implosión de la economía española agravada por su modelo económico periférico en la UE y sostenido fundamentalmente por una gigantesca burbuja inmobiliaria y una salida en falso con la mal llamada “recuperación”, toca una recuperación justa en la que se equilibre la balanza y no ganen los de siempre, mirar al futuro y abordar los grandes retos de nuestro tiempo: la crisis ecológica y el cambio de modelo productivo, en buena medida, asociado a ella. España tiene la necesidad de cambiar su modelo productivo, apostar por inversión en I+D+i y en nuevos sectores económicos de alto valor añadido para ser capaz de “competir por arriba” y conseguir mejores oportunidades de cara al futuro.

El cambio en la esfera productiva que ponga el acento en el cambio de modelo productivo. No podemos permanecer impasibles ante la evolución de la economía, dependientes de sectores productivos maduros -cuando no simplemente agotados, sin posibilidad de crecimiento- y de bajo valor añadido. No se puede aspirar a ser una de las diez mayores economías del mundo del siglo XXI apoyándonos sobre los mismos sectores productivos del siglo XX.

Se impone necesariamente un cambio estructural en nuestro modelo de producción que modernice los sectores tradicionales de nuestra economía al tiempo que explora y consolida nuevos sectores que pudieran reforzar la economía española a nivel internacional. Ya existen experiencias concretas de que ello es posible, baste recordar el sector de las renovables. Se trata de promover un tipo de participación pública, tanto en materia de regulación como directamente de implicación del sector público en su promoción, que estimule el desarrollo de esos sectores. Debemos apostar por un Estado emprendedor que a iniciativa propia o en colaboración con la iniciativa privada se convierta en impulsor del modelo productivo de nuestro país.

Y, en el marco de esa transformación, el modelo energético debe tener un papel central en la propuesta económica de Podemos por distintas razones. No solo por la importancia indiscutible de los precios de la electricidad y otros productos energéticos en la satisfacción de derechos humanos, el funcionamiento de la economía y el equilibrio de la balanza comercial. Aquí es imprescindible planificar la demanda y la oferta energética, persiguiendo la reducción de la dependencia de las importaciones, la seguridad en el suministro y la reducción de los impactos ambientales. Se ha de garantizar la energía como un derecho fundamental y devolverle al suministro eléctrico la condición de servicio público, perdida por la ley del sector impulsada por Aznar en la Presidencia del Gobierno. Hay una razón si cabe más importante: el sector energético está en el centro de la transformación que debe llevar a cabo nuestro sistema económico y productivo para reducir su impacto medioambiental a niveles sostenibles, y en concreto para mantener las concentraciones de gases de efecto invernadero dentro de los límites considerados seguros por la comunidad científica.

Esta transformación es una oportunidad única para salir del fracasado autoritarismo financiero, que ha provocado la espiral de devaluación interna y especulación financiera, poniendo en marcha nuevas áreas de actividad económica con alto valor añadido y, en general, un plan de regeneración del tejido productivo nacional que dé significado real a la expresión “salir de la crisis”.

Además, en este contexto, la apuesta por la cultura es imprescindible, como elemento de un nuevo modelo productivo pero también como experiencia que profundiza en lo social el cambio político. No existe un cambio político sin cambio cultural: un cambio en las maneras de sentir, de percibir la realidad, un cambio en los valores. Por ello, es prioritario defender este derecho a través de nuestra actividad política cotidiana y la política institucional. **Garantizar el acceso a la cultura y a la participación cultural, garantizar su producción en condiciones de dignidad profesional, estos han de ser objetivos prioritarios de un proyecto de cambio.** Para ello, son necesarias políticas públicas capaces de articular un tejido que sirva a la sociedad y a los distintos agentes y expresiones que lo conforman. Esta política debe tener tres objetivos: reconectar la cultura con los intereses de la ciudadanía, (a través de la participación y del acceso); la sostenibilidad, independencia y diversidad del sector creativo; y una gestión democrática y transparente de la política cultural. Solo con una política cultural a la altura de la ciudadanía podremos llevar más allá la voluntad de cambio político e institucional.

Para todo ello es necesario, como no puede ser de otra manera, financiación o, mejor dicho, que la carga financiera de las políticas para el cambio estructural en lo productivo y en lo social sea soportada de una manera justa y equitativa por toda la sociedad, tanto a nivel territorial como entre los distintos agentes sociales y económicos.

En ese sentido, planteamos cambiar radicalmente la lógica que parece haberse impuesto de manera natural en el discurso económico en los últimos años. Si queremos una sociedad mejor, debemos anteponer sus necesidades al déficit y los recursos necesarios para la transformación de nuestra economía y a la estabilidad presupuestaria. No podemos progresar como sociedad si los límites los marca la consecución de unos objetivos dogmáticos de estabilidad presupuestaria.

Por lo tanto, **frente a la estabilidad presupuestaria y su manifestación concreta en términos del denominado techo de gasto nosotros oponemos un suelo de ingresos que debe partir de la estimación de los recursos necesarios para satisfacer condiciones de vida digna para toda** la ciudadanía y para el cambio productivo y social que se propone.

No se puede solo cambiar la lógica con la que pensamos las finanzas públicas sino también los instrumentos que le dan cuerpo, es decir, la estructura fiscal. **Urge una reforma fiscal que haga que la financiación de lo común sea justa y equitativa y tapone las vías de fuga que determinados agentes privilegiados tienen para eludir la cuota que les corresponde.**

Si queremos que los derechos sociales, económicos y culturales sean derechos de ciudadanía necesitamos ciudadanos conscientes de su condición de tal y, por lo tanto, de que dichos derechos van de la mano de obligaciones, incluidas las fiscales; pero también necesitamos empresas conscientes de que una patria no es un solar para explotar su suelo, sus recursos y a su pueblo, sino una comunidad de la que todos somos parte y responsables de su destino. En este punto, necesitamos contar con todas las personas quienes se echan el país a sus espaldas cada día: autónomos, PYMES y la diversa y sólida realidad del asociacionismo. Se trata de ponérselo más fácil y no más difícil para sacar adelante el país con sus esfuerzos. Por ejemplo, recordemos aquí las medidas de una Ley de segunda oportunidad y la cotización progresiva en función de sus posibilidades.

Democratizar la economía y actualizar las estructuras del bienestar

La transformación democrática de nuestra sociedad no estará completa hasta que la democracia no se extienda a la economía, y para ello es preciso avanzar en una doble dirección.

La primera es llevar la democracia al interior del proceso de producción, al seno de la empresa, al espacio en el que la cooperación necesaria para la producción entre los distintos agentes que intervienen en la misma ha sido sustituida por una relación jerárquica que concentra el poder de decisión en los órganos de dirección y, con él, la capacidad de decidir sobre cómo se distribuye el resultado de la producción y de los incrementos de la productividad entre trabajadores y empresarios. Ese es el conflicto distributivo original y, al mismo tiempo, es el más velado, el más normalizado e interiorizado por la población como algo natural. Frente al autoritarismo de la gestión empresarial tradicional es necesario proponer la democratización de los procesos de producción con el fin de que el producto social se distribuya de una forma más justa y equitativa ya desde la producción.

La búsqueda de ese equilibrio es delicada, máxime en una sociedad que tal vez no se encuentre aún preparada para enfrentar ese debate. Sin embargo, nos corresponde anticiparnos a un mundo en el que el trabajo dejará de revestir las formas que conocemos actualmente y se augura una progresiva desaparición de empleos en sectores crecientemente automatizados. Por lo tanto, debemos pensar no tanto en el mundo del que venimos, sino en el que tenemos por delante. Si el trabajo ya no es el principal elemento de inclusión social en nuestras sociedades, como lo demuestra la aparición y extensión del fenómeno de los trabajadores pobres, debemos repensar nuestras estructuras de bienestar. Y, para hacerlo posible, hay que reequilibrar las posiciones de poder entre los agentes económicos, impidiendo que las condiciones de necesidad de uno se conviertan en mayor acumulación de poder de otros. Esto se puede hacer solamente a partir de una actualización de nuestras estructuras de bienestar que sitúen en el horizonte la implementación de una renta básica universal, que garantice un suelo de ingresos a cada miembro de la comunidad política y que termine con las situaciones de necesidad.

La finalidad última debe ser promover una transformación radical de nuestro régimen de bienestar, lo cual nos obliga a incidir tanto sobre el mercado laboral como sobre las es-

estructuras públicas de bienestar buscando el necesario equilibrio entre un menor peso de la contributividad de las rentas del trabajo y una mayor universalización de las prestaciones, vinculándolas menos a la participación en el mercado de trabajo y más a la condición de ciudadanía.

Esta transformación debe ser prioritaria para el caso de los servicios sociales que con mayor intensidad han sufrido la crisis, como son sanidad y educación; pero también con aquellos que nunca llegaron efectivamente a desarrollarse a niveles satisfactorios, como es el caso de la atención a la dependencia.

Y es que España mantiene una deuda histórica con su pueblo en materia de derechos sociales que aún está pendiente de saldar y que se traduce, por un lado, en el reconocimiento constitucional de derechos para los que no se articulan políticas que le den concreción material, son derechos huérfanos de recursos y, por lo tanto, vacíos de realidad. Y, por otro lado, y para el caso de los derechos que sí tienen asignados recursos presupuestarios, la distancia con la media europea es tan grande que nos sitúa, normalmente, en el furgón de cola de una Europa con la que aspirábamos a converger, pero de la que nos encontramos lejos.

Los gastos en educación, en sanidad, en políticas de protección a la familia, en atención a la dependencia por habitante en España se encuentran aún muy distantes de la media europea y la crisis ha agrandado aún más esa brecha. El problema no es sólo cuantitativo, sino que también se trata de un problema cualitativo por cuanto España sigue a la retaguardia de Europa en materia de innovación social y, por lo tanto, de adaptación de sus políticas sociales a una realidad social cuya forma y naturaleza ha cambiado. No se trata, por tanto, sólo de una cuestión de gasto sino también de una cuestión del sentido de ese gasto, buscando su mayor eficiencia social.

En consecuencia, es preciso abordar nuestros déficits en materia de derechos sociales como una prioridad absoluta y abordar el debate de los recursos necesarios y cómo financiarlos fiscalmente al del sentido de las políticas, desde una perspectiva integral que permita que la educación sea un primer escalón para una igualdad de oportunidades real; que la sanidad trascienda lo meramente sanitario para entrar en el terreno de la salud; o que los cuidados sean la expresión más genuina de la solidaridad de un pueblo.

En este marco hay que destacar que el problema de la vivienda, en tanto que ejemplo prototípico de derecho reconocido constitucionalmente, pero vacío prácticamente de contenido, debe revestir una atención especial, aunque solo fuera por el sufrimiento social y personal que la especulación inmobiliaria ha generado en nuestro país durante la crisis. No puede ser que la satisfacción de una necesidad básica pueda volver a quedar al albur de las manipulaciones especulativas con la vivienda de los agentes que se lucran en sus distintas fases de la misma.

En este sentido, es necesario garantizar normativamente y sobre todo mediante recursos suficientes el acceso a una vivienda digna o, mejor dicho, a un habitar digno.

Y hablamos de habitar para rehuir el simplismo de limitar el acceso a una vivienda digna a garantizar un techo y para llevarlo al terreno de las condiciones tanto de la vivienda como de su entorno: zonas comunes, accesibilidad para personas discapacitadas, acceso a servicios sociales de proximidad, etc. Urge, por tanto, trabajar sobre una ley integral de la vivienda que asuma este enfoque más amplio del habitar e impida que se pueda especular con algo que es consustancial al ser humano: su hogar.

Mención aparte merece, por la urgencia con la que se presenta el problema, el tema de las pensiones públicas y el dilema entre garantizar la sostenibilidad financiera del sistema o garantizar la sostenibilidad de las condiciones vitales de los pensionistas a través de su pensión. Y ello en un contexto de un mercado de trabajo crecientemente precarizado, con el marco de derechos laborales en proceso de desmantelamiento y en el que las políticas de devaluación salarial se han instalado como un elemento de competitividad espuria para el conjunto de la economía española frente al exterior.

Ante este estado de cosas, es preciso tomar la iniciativa y enfrentar estos problemas desde una perspectiva que trascienda la mera defensa y recuperación de los derechos, y se enmarque en un pacto amplio intra e intergeneracional acerca de nuestro modelo de sociedad: la transformación del mercado de trabajo, la actualización del sistema de derechos económicos, sociales y culturales y de las propias pensiones deben ir necesariamente de la mano.

A Podemos le corresponde dar cuerpo a ese gran pacto intra e intergeneracional: trenzar el vínculo entre abuelos y abuelas y nietos y nietas; recuperar la esperanza en la movilidad social ascendente y en un futuro que deje de pasar por el sacrificio del presente; en un sistema de derechos sociales que convierta a la educación, a la sanidad y a los cuidados en vectores de transformación de nuestra sociedad.

2.2. Un nuevo modelo de país con tres ejes: Plurinacionalidad, municipalismo y mundo rural

España tiene que madurar y dar un salto como país con una valiente e innovadora propuesta constituyente, que profundice en la democracia para abordar estos tres grandes ejes que permitan dibujar en el horizonte el nuevo país que viene. Éste solamente puede constituirse como un proyecto democrático, ampliamente compartido y de futuro, si acepta el principio de la plurinacionalidad como piedra de toque para tener un país unido en torno al diálogo y el reconocimiento, si se construye desde abajo en y con los municipios como avanzadilla de una sociedad más democrática y más justa y si se aborda, por fin, el problema histórico del mundo rural que sufre un abandono inaudito e impropio de cualquiera de los países de nuestro entorno.

Plurinacionalidad

No va a haber una mayoría popular nueva, de la gente sencilla, de los de abajo, sin que esta pueda encarnarse en un proyecto de país que represente algo más que la suma de las

partes o que un catálogo de reivindicaciones. Los grandes cambios se fraguan a partir de la implicación de gente corriente en el rumbo de su país, y para ello hacen falta horizontes que trasciendan los intereses de particulares o de grupos, y que ofrezcan, por tanto, nuevas perspectivas de futuro compartidas. A eso le llamamos proyecto de país o proyecto nacional. En nuestro caso, es un proyecto que pone al pueblo en el centro de la refundación del país y no a las minorías privilegiadas.

En España, no obstante, cualquier imaginación de país, cualquier proyecto colectivo que aspire a abrir una década virtuosa de progreso, democracia y bienestar, debe hacerse cargo del conflicto territorial y de la compleja realidad plurinacional de nuestro Estado. Por razones históricas, pero sobre todo políticas, para nosotros este es un dato esencial del que todo proyecto democrático debe partir.

Esto no significa el reconocimiento de la diversidad o las particularidades culturales de diferentes regiones desde el centro. Tampoco es el reparto competencial o del Estado de las Autonomías, que ha permitido integrar a las élites autonómicas en el esquema de poder del régimen de 1978. Se trata de la profunda convicción de que cualquier proyecto patriótico progresista debe arrancar a partir del reconocimiento de que en el Estado español, junto a la nación española, conviven otras naciones que deben elegir democráticamente cómo se organizan y qué tipo de relación mantienen con el Estado, es decir, su encaje jurídico. Esta es una asunción central porque permite imaginar un proyecto estatal democrático y porque permite no poner a competir, sino a colaborar la ola democratizante abierta por el 15M con las olas democratizantes soberanistas en las naciones sin estado, en particular, el caso de Catalunya. Sólo de esta sinergia podemos esperar las fuerzas para una revolución democrática.

La plurinacionalidad desde nuestro punto de vista tiene que ver, al menos, con tres elementos: el reconocimiento constitucional de las naciones en cuyos territorios sean un proyecto mayoritario; el reconocimiento de su derecho a decidir; y la propuesta de una forma policéntrica de reconstruir el Estado y su matriz cultural, no con transferencias de competencias sino con responsabilidades y soberanía compartidas en un esquema federal y confederal, que conjugue los principios de solidaridad y ordinalidad. Es decir, un Estado que se construya desde la diversidad y en pie de igualdad. Esto ha de ser fruto de un amplio debate a diferentes escalas y somos conscientes de que es necesario continuar un trabajo de pedagogía democrática. Pero creemos que, ni el repliegue centralista del Gobierno ni por sí solas las apuestas unilaterales, van a materializarse en ninguna solución duradera de la cuestión territorial.

Como en todo, la forma de organizarnos en Podemos tiene que acercar el país que queremos. Podemos debe poner en práctica dentro la descentralización, la plurinacionalidad, el reconocimiento mutuo en un plano de igualdad, la soberanía compartida y el equilibrio entre autonomía y solidaridad que pretendemos extender por todo el Estado. La federalización no es una cesión por parte del centro sino una construcción desde abajo y desde fuera, desde

la periferia. Se trata de combinar intereses particulares y colectivos, crear una sinergia entre la plurinacionalidad y la democracia participativa.

Municipalismo como base para un país más maduro y una democracia más avanzada.

La vertebración de este país de países no pasa solo por la realidad de sus naciones o pueblos, existe una tarea pendiente: **el impulso del municipalismo como elemento vertebrador de una democracia más avanzada.** La potencia que la propia Constitución permitía para la realidad municipal no llegó a articularse de forma efectiva, conformándose una suerte de autonomía local que muy pronto se vio fuertemente condicionada por los niveles superiores de la Administración y las dinámicas de la economía española.

En cualquier caso, la dirección tomada por el PP en la última legislatura ha supuesto un ataque sin precedentes a la autonomía y a los consensos generados desde la Transición, tanto en lo relativo a la autonomía municipal como a las comunidades autónomas.

La combinación de la reforma del artículo 135 de la Constitución Española - y de su concreción en la Ley Orgánica de Estabilidad Presupuestaria -, de la Ley Montoro (Ley de Racionalización y Sostenibilidad de la Administración Local LRSAL), y del Decreto-ley 21/2012 que regula el Fondo de Liquidez Autonómico supone de facto una **declaración de estado de excepción sobre la autonomía local.** Los municipios se convierten, como consecuencia, en entes absolutamente subalternizados dentro de la estructura de reparto competencial. Por otro lado, las Comunidades Autónomas quedan supeditadas a su vez en el desarrollo de sus competencias a unas reglas de gasto fijadas de manera extremadamente discrecional por parte del Gobierno Central, secuestrando de facto la autonomía de los territorios.

Acabar con este estado de excepción implica **derogar la Ley Montoro**, objetivo prioritario que ya abordamos el pasado mes de octubre con una proposición de ley elaborada y presentada junto a alcaldes y alcaldesas de los mayores municipios de este país (Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, La Coruña o Cádiz). **La presión social y municipal deberá combinarse con un trabajo parlamentario fino y concienzudo** -la proposición está pendiente de tramitación en el Congreso-, **a fin de garantizar que nuestra propuesta salga adelante.** Ésta ha de ser, sin duda alguna, una de las batallas decisivas de las fuerzas del cambio, que de resolverse con una victoria supondría un importante avance.

Su importancia radica en que necesitamos rescatar el municipalismo y liberar toda su potencia para poner en marcha **la reconstrucción democrática desde los ayuntamientos.** Es hora de levantar un nuevo municipalismo moderno, que garantice derechos sociales, cercano a la realidad cotidiana de la gente, transparente y participativo para vacunarnos contra la corrupción y la acumulación de poder, sostenible ecológicamente e innovador en lo tecnológico. Esto es lo que cada día están demostrando ya los Ayuntamientos del Cambio, reduciendo su deuda a la vez que aumentan la inversión social para garantizar sus derechos a la ciudadanía.

Podemos tiene la obligación de defender y ampliar en la medida de sus posibilidades la potencia de los Ayuntamientos del cambio, representantes de la mejor avanzadilla de la nueva sociedad que queremos construir, no pudiendo volver a dejarles solos, librando una de las batallas fundamentales del ciclo contra Montoro, mientras al mismo tiempo se revelaban ejemplares a la hora de enseñarnos y mostrar a la ciudadanía las posibilidades de gobernar.

Para ello, es de vital importancia que Podemos se adapte a esa realidad municipal y que sus mecanismos de toma de decisión se ajusten al rol central del municipalismo en esta nueva fase. **Entendemos, por tanto, que la decisión sobre cuál es la herramienta más útil para construir ese nuevo municipalismo debe ser tomada por sus protagonistas en cada realidad concreta.** Las candidaturas de unidad popular han resultado en algunos casos herramientas exitosas y espacios de trabajo ricos y diversos, aunque no exentas de problemas por la falta de tiempo para madurar los procesos y la rigidez en ocasiones de los actores estatales.

Si bien ya señalamos anteriormente como **tarea inmediata la derogación de la Ley “Montoro”** para revertir la situación de estado de excepción actual, no vale simplemente quedarnos en una postura de denuncia o impugnación. Necesitamos también para recuperar la democracia desde los municipios **una nueva normativa** que permita:

- En primer lugar, garantizar una **financiación suficiente** con participación real en tributos estatales o autonómicos
- En segundo lugar, **garantizar un suelo competencial y no de techo**, es decir, capacidad para que los municipios puedan señalar sus necesidades y las de sus vecinos y lo que es más importante autonomía para desarrollar cómo satisfacerla. Lo que implica entre otras cuestiones **acabar con la limitación de la tasa de reposición de efectivos**, que impide a los municipios con superávit poder desarrollar servicios con medios públicos.
- En tercer lugar, **hacer efectiva la participación vinculante en los procesos públicos de ámbito municipal**, favoreciendo la descentralización y desconcentración en la toma de decisiones.
- Y, por último, **articular una red de poderes municipales** que permitan compartir y coordinar recursos, y trabajar de forma intensiva en el **reconocimiento de nuevos derechos de los vecinos y vecinas.**

Cuidar y reactivar el mundo rural

España es el único país de Europa con gran despoblación en su interior y sus causas son históricas y políticas, entre ellas, por supuesto, el abandono y la inacción de las administraciones públicas. Nuestro país solamente pagará sus deudas con el mundo rural y logrará ser más equilibrado social, económica y territorialmente, cuidando el entorno y reactivando la diversidad de realidades. Esta preocupación y este trabajo por el cuidado y la reactivación del mundo rural no son una novedad, sino que parten, como recordaron los compañeros y compañeras de “Podemos ser rurales”, de una importante base de experiencias de plataformas ciudadanas contra la despoblación (Teruel Existe, Soria Ya, La Otra Guadalajara, etc.).

El enorme desequilibrio entre las grandes urbes y la España Rural Interior hace que éste sea aún mayor que el desequilibrio existente entre Comunidades Autónomas. Ha llegado el momento de tomarnos en serio esta cuestión y de ponernos manos a la obra para resolverlo.

Ya existe en España, desde hace siete años, legislación adecuada para la reactivación de todo el ámbito territorial de la España Rural Interior: la Ley de Desarrollo Sostenible del Medio Rural, en vigor desde el 2007, y el Real Decreto 752/2010, de 4 de junio, referido a la aplicación de dicha ley. Como en muchas ocasiones en nuestro país, el problema es fundamentalmente de voluntad política. En este marco legislativo, se apuesta por planes integrales que abarquen toda la problemática rural y propone un seguimiento desde los ámbitos territoriales más básicos: las comarcas. Además, se indica que los planes se implementarán por sexenios para hacerlos coincidir con las ayudas europeas y que el territorio rural se dividirá en zonas periurbanas, rurales sin más y rurales a revitalizar; con el objetivo de potenciar estas últimas.

Seguramente, una de las razones que explican la desatención y el abandono del mundo rural consiste en que el vasto y despoblado territorio de la España Rural Interior no tiene excesivo peso electoral. Sin embargo, no se trata solo de que la Constitución reconoce los derechos a toda la ciudadanía con independencia del territorio y del lugar donde habiten, sino que se trata de construir un nuevo modelo de país cohesionado territorial, económica y socialmente. Para avanzar en ese horizonte de un país que no deje atrás a nadie necesitamos apostar firmemente por el mundo rural en nuestro proyecto.

Para abordar esta problemática hay que tomar medidas fundamentalmente en dos ejes:

- En primer lugar, es crucial la cuestión de las infraestructuras y los servicios públicos: necesitamos mejorar la red de carreteras para favorecer y hacer más fluida la comunicación; dotar de cobertura de todas las TICs; garantizar una apertura de escuelas con ratios de escolarización anteriores a 2011; preservar la sanidad pública manteniendo los servicios de urgencia en todos los centros de salud y la atención hospitalaria con criterios de proximidad geográfica; dotar de recursos económicos y humanos a la dependencia y garantizar el acceso a la vivienda para nuevos pobladores. En definitiva, ha de hacerse realidad la necesidad de un modelo territorial basado en las comarcas (o en las realidades económicas, sociales y culturales más lógicas), que absorberán las competencias de las mancomunidades y de las diputaciones y las contenidas en la Ley Sostenible de Medio Rural de 2007.
- En segundo lugar, se trata de fomentar medidas medio ambientales, culturales y de creación de empleo para favorecer la vida en el mundo rural: necesitamos proteger los montes como bienes comunes de interés estratégico por su valor ambiental y su capacidad de fijar población; invertir en la conservación de los bienes del patrimonio cultural, primando su carácter común y público; apoyar la promoción turística; invertir en las iniciativas productivas con una ayuda mínima del 40% para nuevos emprendedores, así como renovar empresas existentes en las áreas rurales; determinar una fiscalidad diferenciada para los habitantes del medio rural; crear multiservicios en los pueblos y atender a las tareas de conservación y mantenimiento de los municipios para generar

trabajadores empleados en los montes; revisar la política de la PAC para que las ayudas vayan fundamentalmente a los agricultores y facilitar la producción de alimentos y promover su comercialización directa como marca de los territorios.

Adenda: la realidad de las Comunidades Autónomas y nuestros objetivos prioritarios

Como es sabido, la realidad política de las Comunidades Autónomas es fundamental en el actual Estado de las Autonomías ya que, en buena medida, son el espacio institucional al que compete la prestación de los servicios sociales garantes en última instancia del Estado social, la educación y la sanidad. Es por ello imprescindible dotarlas de armas para poder defender la prestación de estos servicios: esto es una financiación adecuada así como herramientas que garantice su salvaguarda.

Desde esta perspectiva, nuestra apuesta por un Estado federal y plurinacional requiere de un sistema de financiación que refleje esta voluntad y aspiración política. Por ello, se trata de reforzar la autonomía de las actuales Comunidades Autónomas no sólo en materia de gasto, sino también de ingresos, superando la fase actual de infrafinanciación y de desequilibrio de competencias y de capacidad recaudatoria entre la Administración Central y las Comunidades Autónomas. Pero, al mismo tiempo, articulando mecanismos de solidaridad interterritorial que permitan hacer converger las condiciones de vida en los diferentes territorios del Estado y, con ello, el sentimiento de pertenencia y vínculo a una comunidad.

Los Estatutos de Autonomía son la máxima norma que ordena la vida pública y política de cada territorio, y goza del rango de Ley Orgánica. Son, por tanto, estos instrumentos los que debemos convertir en diques de defensa ciudadana de los derechos.

Actualizar los Estatutos de Autonomía a la realidad actual implica la tarea de establecer en ellos un suelo de gasto social y cultural como derecho ciudadano, incluyendo expresamente el gasto cultural. A su vez, es necesario incluir en los Estatutos de Autonomía garantías a determinados derechos fundamentales como el acceso a los suministros básicos - el agua y la energía - o la vivienda.

En este sentido, no cabe otra que exponer dos prioridades políticas elementales para Podemos en este ámbito que tienen que tenerse presentes en cada paso que demos en este nivel de la Administración del Estado, dado que aunque insuficientes se han logrado algunas cosas no menores: de un lado, es fundamental seguir trabajando para que el Partido Popular no regrese allí donde ya ha sido desalojado de las instituciones autonómicas y, de otro, es de vital importancia mantener la iniciativa política para ser capaces de movernos en la tensión de arrastrar al PSOE más allá de las posiciones que está dispuesto a asumir por voluntad propia: romper con la austeridad y favorecer una recuperación más justa en las líneas antes expuestas. En este sentido, cabe destacar el buen rendimiento de y las posibilidades abiertas por los nuevos gobiernos autonómicos tanto en el País Valencià como en Baleares.

3.3. Feminismo popular para ganar un país

Necesitamos construir un feminismo popular que atraviese todo nuestro país, porque sin feminismo, sin nosotras, no hay Democracia. Mejorar nuestras vidas, y ponerlas en el centro de nuestras políticas, es una tarea que llevaremos a cabo si somos capaces de articular un feminismo radicalmente democrático, que interpele a todos y todas, un feminismo popular, que nos permita ganar esos derechos para todas las mujeres, sean cuales sean sus trabajos, razas, clases, géneros, nacionalidades, problemas y deseos; y, por supuesto, un feminismo del que también participen los hombres.

Un feminismo popular debe ser, como en su momento lo fue el 15M, la respuesta transversal y colectiva a todos aquellos dolores privados que sufren las mujeres. Un feminismo capaz de dar nombre a todos esos dolores, politizándolos, haciendo de aquellas cuestiones que tradicionalmente han parecido exclusivas de nuestras vidas más íntimas, como la violencia, cuestiones de toda la sociedad, como el machismo.

Pero no solo los dolores. Necesitamos un feminismo que politice también el deseo. Un feminismo que se articule como el motor necesario para impulsar la construcción de un orden social nuevo en el que la redistribución y la creación de nuevos sectores estratégicos haga que las vidas de las mujeres y los hombres cuenten por igual. Un feminismo que funcione también agregando todos esos deseos en demandas colectivas: el género, el sexo, y la familia que queramos, la misma nómina, los mismos derechos, la misma presencia.

En este sentido tanto el feminismo como las luchas de las personas lgtbi por derechos emergentes es una tarea esencial de profundización democrática en nuestro país. El derecho a una vida libre de violencia y discriminación lgtbifóbica o el derecho a la identidad y la autodeterminación de género deben convertirse en banderas de Podemos en la construcción del país que queremos y la España del futuro

Este feminismo popular necesariamente será un feminismo contra la austeridad. El feminismo debe ser uno de los motores que impulsen la posibilidad de un nuevo orden social. En este sentido es fundamental la reorganización del sistema de cuidados: las tareas de cuidados de las que tradicionalmente se han ocupado en su mayor parte las mujeres, no solo son fundamentales para la consecución de una sociedad más democrática en un país como España en el que la tasa de envejecimiento de la población es alarmante, sino que su feminización y su precariedad son un obstáculo para la igualdad entre hombres y mujeres. Baste un dato para ejemplificarlo: el 94% de las personas cuidadoras son mujeres.

Por ello, la reorganización de este sistema con medidas específicas como el establecimiento de escuelas de 0 a 3 años, la implantación de los permisos de paternidad y maternidad iguales, intransferibles y pagados al 100% o la restauración de los presupuestos para la ley de dependencia son imprescindibles no en términos de igualdad, sino en términos de cambio del modelo productivo.

Debemos introducir nuevos elementos en el feminismo más institucional. En este sentido es fundamental que los presupuestos generales del Estado tengan una perspectiva feminista. La vida de las mujeres se merece más que el 0,005% de los Presupuestos Generales del Estado. No es suficiente con que se hagan informes de impacto de género una vez han sido implantados, sino que debemos ir a la raíz de los problemas y predecir cuáles son aquellos ámbitos en los que sin recursos, es imposible llevar a cabo políticas feministas. Esta pelea es fundamental en un momento en el que la aritmética parlamentaria obliga a los diferentes grupos a hacer políticas de pactos de Estado, en las cuales las batallas semánticas han perdido cierto sentido. Por ejemplo, nadie duda ya de que la Violencia Machista es un problema que preocupa a todos los partidos políticos y a la sociedad en general, sin embargo, de nada sirven los pactos en las instituciones si no están dotados de recursos para llevarse a cabo. En este sentido, proponemos hacer un mapeo detallado de todas aquellas cuestiones que en materia presupuestaria, afectan a la igualdad entre hombres y mujeres, en definitiva, saber cuánto cuesta un país feminista. Estas cifras deben formar parte del debate político al que nos enfrentemos. De nada sirven los lazos lilas ni los minutos de silencio, si se recorta la partida presupuestaria para el fomento del empleo femenino en un 97%, cuando las cifras de Brecha salarial de Género, siguen superando en muchas ocasiones los 20 puntos.

La sobrerrepresentación que viven las mujeres en la esfera de los cuidados es directamente proporcional a la infrarrepresentación que sufren en la esfera pública. Hoy tenemos el Congreso más paritario de su historia en gran medida porque en Podemos y el resto de espacios de Cambio se aplica un nivel de paridad que avvicina el nivel de igualdad que queremos para todo el estado. Debemos seguir ahondando en este principio para llenar la sociedad de mujeres e implementar la paridad en todos los ámbitos. Nos proponemos para este período en el que queremos desplegar las velas, profundizar en aquellas medidas que garanticen la presencia de las mujeres, tanto en nuestra organización como fuera. Pensamos que es de sentido común querer unas instituciones y una organización política en las que al menos la mitad de las personas que las conforman sean mujeres, pues unas y otras deben ser el reflejo de lo que nuestro país es, un país del que las mujeres son la mitad. Pero no es suficiente. La división sexual del trabajo, la invisibilización de las mujeres en las esferas públicas, y los siglos de historia protagonizada por hombres, han hecho muy difícil imaginar o practicar lógicas dentro en la política o fuera en la sociedad civil, que no estén profundamente atravesadas por el machismo. El poder está a día de hoy en nuestro país y en nuestro partido muy masculinizado, a Podemos le sobra testosterona. Por ello, no son suficiente, aunque sí condición necesaria, las cuotas. Debemos profundizar en nuevas lógicas y culturas más democráticas, más feministas, que intercambien confrontación por convivencia.

3.4. Más allá de las urnas: transparencia y participación para sanear la democracia

Los episodios de corrupción política y despilfarro de los recursos públicos a los que hemos asistido hacen imprescindible la implementación de nuevas medidas de regeneración democrática, que ensanchen los cauces de participación, atiendan a la exigencia de un control ciudadano permanente, y que promuevan el diálogo, la consulta, el debate, y la mejora continua de los procedimientos para la toma de decisiones.

Los nuevos medios tecnológicos, impensables en el 78, abren las puertas a un mayor protagonismo de formas de democracia directa. Una sociedad madura, formada y consciente de su condición soberana está en condiciones de inaugurar una nueva etapa de su historia colectiva, esta vez aplicando nuestras energías individuales y colectivas a la tarea de construirnos como pueblo soberano, partiendo de la **necesidad urgente de derogar aquellas leyes que han caminado en sentido inverso como sin duda es la Ley Mordaza**, necesitamos más democracia, no menos y mucho menos amordazarla.

La transparencia juega un papel fundamental como elemento inherente al mismo concepto de democracia, como principio general de organización y funcionamiento de la Administración Pública y, sobre todo, como elemento clave para empoderar a la ciudadanía. Tenemos las herramientas y tenemos los medios. Es hora de establecer, más allá de discursos grandilocuentes, medidas concretas para hacer realidad un verdadero sistema de transparencia y participación ciudadana, impulsado desde la ética y el ejemplo de un gobierno que cumpla, que explique y que asuma la responsabilidad por sus acciones. Para ello es imprescindible **aprobar una nueva ley de transparencia en la que se garantice que toda la información es pública por defecto**, siguiendo la estela de la Ley de Cuentas Claras que hemos presentado en varios parlamentos autonómicos: hoy en día en La Rioja, Extremadura o Valencia se puede hacer un mejor seguimiento de las cuentas públicas gracias a Podemos. Asimismo hay que realizar un análisis de qué ha pasado en nuestro país en estos años fundamentalmente con la obra pública y pedir responsabilidades políticas. Por eso hemos solicitado en el Congreso de los Diputados una comisión de investigación sobre las obras públicas con la intención de analizar la aplicabilidad de la figura de la **administración desleal**.

Por otro lado también hay que **legislar sobre la rendición de cuentas** de los cargos públicos, tanto en los Reglamentos de las diferentes Cámaras como en las leyes de gobierno correspondientes.

En cuanto a la **participación ciudadana** el uso de las TICs permiten elevar la participación política de la ciudadanía, posibilitan la comunicación bidireccional e interactiva, abaratan el coste de la participación, entre otros muchas cosas.

Medidas como la modificación de los Reglamentos de las cámaras para permitir la participación directa de la ciudadanía, o la articulación de instrumentos normativos que permitan la participación previa, durante y ex post en el desarrollo de políticas públicas es imprescindible para hablar de una nueva institucionalidad porosa en contacto permanente con la ciudadanía a la que sirve.

3.5. Europa y la política exterior: Podemos como determinante de una geopolítica de la emancipación

Gracias al 15M, y gracias también a la experiencia política acumulada en estos años, estamos en una posición geoestratégica inmejorable para ser punta de lanza de la construcción de **un nuevo bloque histórico** que sirva de freno a la extrema derecha y sostenga el cambio social

y político en Europa. Para ello nuestro proyecto debe ponerse al servicio de la construcción de **una internacional democrática** que defienda la soberanía y la solidaridad entre los pueblos. Ese objetivo va más allá de una simple política de alianzas: debemos ser el vector principal para la construcción de un nuevo bloque histórico en el continente, que articule nuestras demandas compartidas de justicia social, y vertebre un nuevo espacio sociopolítico para sostener la transformación democrática del sistema. En definitiva: queremos para Europa y para nuestra política exterior lo mismo que queremos para nuestro país; y hemos de trabajar activamente en vistas de una cita fundamental: las **Elecciones al Parlamento Europeo de 2019**, con el objetivo de articular una alternativa democrática a la austeridad que pueda ponerse al servicio de 400 millones de personas. Para ello, deberemos convocar a todos los muy diversos actores y aliados potenciales a un gran frente internacional contra la austeridad y por la defensa de los derechos humanos en el continente.

Toda nuestra acción exterior debe tener además dos perspectivas permanentes. La primera, no olvidar jamás a los millones de compatriotas que han tenido que marcharse para buscarse fuera las oportunidades que no encontraron en casa, y que a menudo afrontan experiencias vitales muy adversas, acrecentadas por procesos como el Brexit o la elección de Trump. Debemos construir las condiciones materiales para que quienes quieran puedan volver a casa. La segunda es desarrollar una teoría y una praxis geopolítica radical y **profundamente feminista**, colocando en un primer lugar a todas y cada una de las diversidades tan tristemente olvidadas en cada conflicto, en cada desastre y en cada violencia, sea o no colectiva y sea o no premeditada: los derechos de las mujeres, de la infancia y de las diversidades sexuales.